

Loris Zanatta sobre la Cuba castrista: "Finalmente, el último rasgo del régimen: nació anunciando bienestar y prosperidad, terminó celebrando la Santa Pobreza, garantía de inocencia y moralidad del pueblo. El pobre se convirtió así en arquetipo de santidad, el buen salvaje en modelo de buen revolucionario,

ideal para justificar los fracasos económicos y para perpetuar su dependencia del régimen: privado de autonomía personal, el pobre es un eterno menor necesitado de su abrazo interesado. El imperativo de luchar contra la riqueza ha vencido al de erradicar la pobreza. Cínico pero coherente"



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

80 AÑOS

DOMINGO 15 DE ENERO DE 2023

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Luis Mancipe León

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

AUTOBIOGRAFÍA >> SPINOZA EN EL PARQUE MÉXICO

Elaborada a partir de una serie de conversaciones con el escritor José María Lasalle (España, 1966), el historiador y editor Enrique Krauze (México, 1947) ha publicado su autobiografía intelectual, *Spinoza en el parque México*, libro de gran calado, excepcional en la bibliografía de América Latina

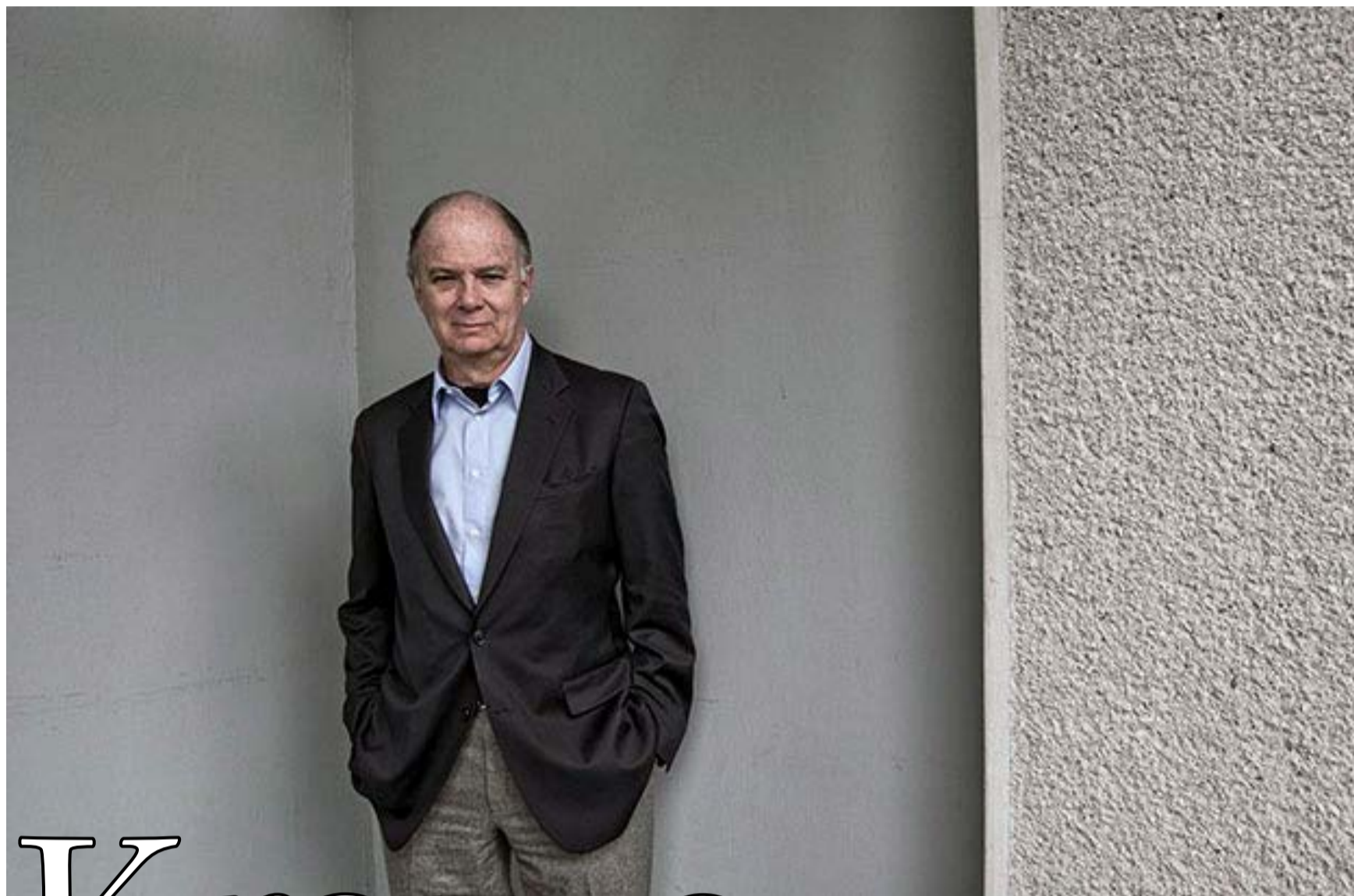
NELSON RIVERA

Los hechos narrados en la autobiografía de Enrique Krauze portan el vibrato del presente. No están envueltos en la pátina de lo que ha quedado atrás. Aparecen como si estuviesen ocurriendo ahora mismo. El que narra sus recuerdos es un vivaz conversador. Un autor que se hace sentir en las inmediaciones del lector.

¿De dónde proviene el latido, la elocuencia de estas memorias? De la condición esencial de Krauze: un intelectual nato. Un hombre al que le importan los asuntos de su tiempo. Que ha vivido conectado orgánicamente, con los dones de su sensibilidad e inteligencia, a su pasado y su presente: a las corrientes decisivas de sus raíces judías; a los hechos que han marcado la historia de México; a los vaivenes políticos e ideológicos de Occidente, desde mediados del siglo XX hasta nuestro tiempo.

Así, *Spinoza en el parque México* circula por la ancha avenida de las ideas. Krauze, insisto, con una habilidad descolante para la conversación luminosa, recuerda con precisión documental; habla de historia y memoria; de afiliaciones y desencantos; de las herencias históricas y culturales recibidas en su familia; de su habitado camino como estudioso de la historia de México, así como de las vidas de algunos de sus hombres destacados. Da cuenta de escaramuzas y polémicas. De la claridad, contrastes y claroscuros de ciertos argumentos presentes en la esfera pública; de la empatía, el autoengaño, el ocultamiento, la evasión, los límites y de la condición múltiple del pensar. De las emociones que se ponen en juego cuando llega el momento de tomar una posición. Y de lo contrario: la sensación de globo desinflado que se experimenta cuando no es posible debatir, poner a prueba las ideas. Cuando las negociaciones se producen a priori.

El incansable *estar allí* de Krauze –mexicano de origen judío, memorioso por vocación y deber, lector, historiador, biógrafo, ensayista, editor, empresario, platicador de abundancias y detalles– tiene la cualidad de lo espléndido. *Spinoza en el parque México* es un libro de gratitudes, homenajes y generosas reflexiones (que incluso alcanzan a quienes han sido sus adversarios ideológicos o políticos). Heredero hiperconsciente de corrientes familiares e históricas –quizá por ello hay momentos donde las ideas y los afectos parecen fundirse y hacerse indisolubles–, no solo es un hombre que escucha: también es la persona que lleva consigo el sustrato, el prisma de quien no olvida –no podría hacerlo,



ENRIQUE KRAUZE / ©VASCO SZINETAR

Krauze

en las inmediaciones del lector

según él mismo lo sugiere–, los sufrimientos causados por el antisemitismo, la intolerancia, las dictaduras y los totalitarismos.

Calle Ámsterdam, parque México

Más que simplemente recordar los hechos que se congregaron en su infancia –la polivalente trama de una familia judía (“la educación sentimental de la familia me dejó una huella profunda”), la escuela–, Krauze siembra unos hitos, coordenadas de pertenencia, filiaciones que reaparecerán una y otra vez a lo largo de la vida, como guías afectivas e intelectuales. Hablo de una especie de marca de agua que recorre las más de 700 páginas del libro: los razonamientos asociados a los afectos. En los modos argumentales de Krauze, de atracción o rechazo a ciertas ideas, son inseparables las emociones. Digo más: el que recuerda es un caballero de educadas pasiones. De ordenadas obsesiones.

De la primera etapa de su vida, provienen su inevitable conexión con la larga historia de padecimientos del pueblo judío (“En Polonia, mis abuelos y sus pequeños hijos no ocultaban su fe, pero eran objeto de hostigamiento físico y verbal continuo”); con el pensamiento de Baruch Spinoza (“mi abuelo Saúl Krauze predicaba a sus amigos el evangelio según Spinoza”; “El spinozismo era para él una especie de religión”); su renovado sentimiento de gratitud hacia México, que les dio a su familia y a tantísimos otros judíos que hicieron vida en ese país, la experiencia de “moverse con libertad, pensar con libertad, hablar con libertad, profesar su religión con libertad”.

Nacido en Ciudad de México, en 1947, Krauze habla de su vida como una vida mexicana. “Cantábamos boleros de moda y canciones de Agustín Lara”.

La radio, el cine, el mexicanismo, el patriotismo, la devoción del país por su propia historia, el silencio prudente ante las expresiones del catolicismo (“Solo la religión y sus rituales nos separaban del resto de los mexicanos”). Para el descendiente de inmigrantes que habían sido perseguidos en Europa, integrarse a la pródiga cultura mexicana fue el método que hizo posible pertenecer (“ahora veo a ese hijo y nieto de inmigrantes y me doy cuenta de que quería, sencillamente, integrarse, ser igual que los demás, ser mexicano como los demás”).

Vida tempranamente poblada

En el relato de los primeros años de vida se suceden hechos que resultarán decisivos: la imprenta del padre; la temprana relación con el trabajo; el Colegio Israelita de México (“bicultural, mexicana y judía”); los modos en que la religión y las tradiciones pervivían puertas adentro; el vínculo con la Biblia (Krauze cuenta que, al final de su vida, Alejandro Rossi leía la Biblia y decía: “es la mejor novela”); la cuestión fundamental del deber de recordar (“Para los judíos recordar es un mandamiento. Yo he procurado cumplirlo”); el Holocausto como el agente detonante que está en el origen de su “voluntad de combatir el poder absoluto”; el idish; otras vueltas a la cuestión medular de Spinoza (“Mi abuelo ejerció sobre mí una modesta pedagogía spinoziana”; “Los intelectuales judíos de la generación de mi abuelo (...) vieron a Spinoza como un símbolo de su propia emancipación: laica, humanista, secular”); la amplia presencia del socialismo, del ideario socialista, en su familia y en la manera en que el propio Krauze lo adoptó (“el mío era un socialismo literario, romántico e

idealista, de algunas lecturas y ninguna militancia”).

Y así: el Trotsky de Isaac Deutscher; el punto de inflexión que constituyeron los hechos de Praga en 1968; la biblioteca (propia y la heredada del abuelo); el ingreso a la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México –UNAM–; unas primeras pinceladas sobre la cultura en México; el descubrimiento de Popper (“Popper fue para mí un asidero científico, un fundamento para comenzar a tomar distancia crítica de las ideologías predominantes, las mismas que enfrentaría, al cabo de los años”); los amigos de juventud –Héctor Aguilar Camín, José Emilio Pacheco (lo aproximó a la lectura de Walter Benjamin), Carlos Monsiváis, y el que sería una de sus amistades duraderas, Hugo Hiriart (“escritor filosofante”); la Revolución mexicana (“menos que un mito, un enigma dentro del enigma que es México”); la significación que tuvo Octavio Paz para la generación del 68; Daniel Cosío Villegas (uno de los faros intelectuales de Krauze) y su papel decisivo en el funcionamiento, apogeo y expansión del Colegio de México.

Muy próximas a las páginas en las que se habla de Daniel Cosío Villegas, siguen las dedicadas a Luis González y González (“fue el historiador más completo de México en el siglo XX, el más sensible y comprometido, el de mayor empatía con la entraña histórica de México”). A uno y otro el memorioso recuerda con una macerada gratitud, que es una de las marcas profundas de esta autobiografía: hay en ella una fuerza interior, una necesidad que se produce al mirar atrás: decir gracias por los bienes del espíritu recibidos de los maestros.

Al terminar la primera parte de la autobiografía, titulada “Origen y for-

mación”, me quedo con esta firme impresión: que la infancia y juventud de Krauze tuvo un privilegio: el de ser una vida muy habitada, cargada de referencias europeas, judías y mejicanas; un mundo, a la vez, de estabilidad e inquietudes, fundado en sólidas raíces, abierto y permeable al inagotable universo de la cultura mexicana.

El edificio Krauze y sus ramificaciones

La segunda parte del libro, “Historiador y editor”, es la del Krauze *interlocutor*, no solo de la vida intelectual de su presente, también en relación a hombres de enorme talla, antecesores de su generación, como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Daniel Cosío Villegas (“su crítica al poder fue una hazaña de independencia intelectual, no exenta de momentos desagradables, porque el gobierno lo difamó repetidas veces”), Luis González y González, y otros menos conocidos fuera del ámbito mexicano, como Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano.

Con admirable pertinencia los trae a nuestro presente. Nos devuelve a sus obras, a sus preguntas fundamentales. Habla de cada uno con elocuencia y sensibilidad. Copio unas frases que le dedica a Vasconcelos, a pesar de su enfática faceta antijudía y de los elogios a Hitler que escribió: “Todo en Vasconcelos era apasionante: su vocación místico-religiosa, sus tribulaciones familiares y religiosas, su ascenso profesional como abogado, su absurdo matrimonio, sus amores furtivos con ‘Adriana’, la musa, la sufrida y hermosa ‘Adriana’, cuyo nombre real era Elena Arizmendi (...) Más que un caudillo, Vasconcelos había sido un líder casi religioso”.

(Continúa en la página 2)

Krauze en las inmediaciones del lector

(Viene de la página 1)

En algún momento, José María Lasalle le pregunta por el tránsito del socialismo –heredado de su abuelo–, al liberalismo. Una parte de su respuesta dice: “Aunque nunca he profesado ‘religiosamente’ una ideología, lo cierto es que por un tiempo, digamos hasta fines de 1972, no integraba mis lecturas popperianas, mis experiencias empresariales y mis vagas convicciones ideológicas. Esa confusión se resolvería a la larga favor de una postura liberal, pero quiero aclararte que mis opiniones políticas, más que socialistas, eran anti-sistema, antiestatistas”.

Pronto nos atrapa la narración de los avatares en los pasillos de suplementos literarios y revistas culturales, en una atmósfera donde las discusiones político-ideológicas eran permanentes, y donde parecía agitarse en el ambiente, una necesidad de confrontación. Lasalle se refiere a una cuestión clave: al tiempo que lidiaba con las exigencias propias del empresario, colaboraba con un suplemento de izquierdas. El propietario de pequeñas fábricas debía hacer frente a las dificultades propias de esa responsabilidad. Lo que en su caso equivale a decir: la realidad llegaba para poner en aprietos a la dimensión ideológica. “Hay una abismal ignorancia en el mundo universitario de lo que entraña ser empresario. Ignorancia y desdén”.

Gabriel Zaid, Octavio Paz

En el recorrido aparecen dos nombres capitulares para Krauze. Uno, Gabriel Zaid, poeta y un versátil intelectual, por el que expresa una argumentada admiración. “Confirmaba la idea del intelectual que proponía y ejercía Cosío Villegas: alguien que trabaja al margen del gobierno, tiene un pensamiento heterodoxo y ejerce la crítica sin cortapisas”. Una de las tesis de Zaid que se ventilan en el libro es esta: que los entes estatales viven, en lo fundamental, para sí mismos.

Dos, Octavio Paz y su prolífica e inagotable irradiación como editor, primero de *Plural* y, más adelante, de *Vuelta*; como poeta y ensayista fundamental de la lengua española; y, cuestión fundamental, como hombre de ideas que afrontó la denuncia del estalinismo, del totalitarismo comunista: “El poeta reconoce que ha llegado tarde a la verdad”. Lee a Solzhenitsyn y se culpa de haber sido cobarde (usa esa palabra, cobarde), por no haber visto el mal de frente. Paz lee a Solzhenitsyn y atisba “el misterio del mal –el vacío repleto– en la cara vacía y el alma sin alma de Stalin” (apenas he terminado la lectura de *Spinoza en el Parque México*, siguiendo una de las tantas sugerencias de las que está sembradas sus páginas, he leído “Polvos de aquellos lodos”, espléndido ensayo de Octavio Paz sobre el estalinismo y el Gulag).

Los asuntos que la conversación va enlazando en su avance conciernen a cualquier lector, de América Latina y más allá: la Cuba del castrismo; la controversia que causó *Persona non grata*, de Jorge Edwards, cuando fue publicada en 1973; la ya clásica contraposición entre Sartre y Camus; la revelación que constituyó el libro de Richard M. Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*; el amoroso elogio con que recuerda a Alejandro Rossi: “Necesitaríamos semanas enteras para evocarlo con una mínima justicia. Lo visitaba por las tardes, caminábamos peripatéticamente en el gran jardín de su casa. No he conocido conversador igual (...) Al anglófilo Rossi le debo mi anglofilia”; las distorsiones, analizadas en seis páginas que no tienen desperdicio, que produjo la oleada de universitarios que llegaron al poder en México (“la creación de un Leviatán burocrático”); Checoslovaquia y el pensamiento que se expresó en el Grupo de los 77; los nuevos filósofos franceses; la presencia del

marxismo en la universidad (“remábamos contra una ideología hegemónica, una corriente intelectual, periodística, académica muy poderosa”).

De vuelta a Vuelta

Vuelta fue fundada en 1976 por Octavio Paz. En febrero de 1977, Krauze aceptó la secretaría de redacción de aquella empresa cultural que, de forma admirable, logró autofinanciarse. Es, como el lector puede estimar, uno de los trechos más entrañables de la autobiografía. Nada escapa a los recuerdos de Krauze: la casa donde estaban ubicadas las oficinas, las rutinas que demandaban los deberes que había asumido, el cartel de magníficos autores que publicaban en sus páginas –mexicanos, pero también de otros países y otras lenguas. Krauze trabajó con Octavio Paz a lo largo de 23 años. Tiempo en el que Paz mostró sus abundantes dotes como editor, pensador y polemista (“Monsi-váis abrió fuego acusando a Paz de investirse casi en un dios dispuesto a dictaminar, despojar, descalificar, distorsionar, generalizar, etcétera (...); a lo que Paz respondió: ‘Monsi-váis no es un hombre de ideas sino de ocurrencias’”).

En 1979 Krauze viaja por Sudamérica (Perú, Chile y Argentina). Son tiempos de dictaduras. Más conversaciones, ideas que fluyen, momentos que han quedado fijados en la memoria: con Vargas Llosa y Jorge Edwards, Fernando de Szyszlo y Blanca Valera, en Lima; con Enrique Lihn en el Chile de Pinochet; con José Bianco en el Buenos Aires de Videla (“silencio, desaparición y muerte”); con Jorge Luis Borges (“Cuando supe que era historiador, me recomendó comprar el libro *Mendoza y Garay*, de su maestro Groussac. Lo tengo conmigo, en dos tomos. Una delicia. Y fue entonces cuando nos regaló aquella definición de una revista literaria: “La única manera de hacer una revista es que unos jóvenes amen u odien algo con pasión. Lo otro es una antología”); con Ernesto Sábato (“Sábato fue de la opinión de que en los años setenta habían luchado en América Latina dos demonios, el de los militares fascistas y la guerrilla marxista totalitaria. Ganó el más poderoso, pero los tupamaros y montoneros, de haber resultado vencedores, también habría resultado inclementes”).

Krauze se expresa, de modo inequívoco, como un crítico de los regímenes fascistas de Videla o Pinochet, mientras señala la imposibilidad de debatir con la izquierda, la deriva dictatorial de Cuba: asumen una posición de superioridad moral que impide el diálogo. Remata con esta frase: “un crimen es distinto si lo comete Pinochet o si lo comete Castro”. Y más recuerdos: Cabrera Infante, el



BARUCH SPINOZA – ANÓNIMO / JEWISH MUSEUM

linchamiento mediático de Gabriel Zaid por su crítica de la izquierda (son páginas necesarias por la relación que Zaid establece entre cultura católica y espíritu revolucionario marxista).

Vale la pena destacar aquí el interés de Krauze por Irving Howe, judío neoyorquino, crítico social, editor, crítico literario, pensador socialista y creador de la famosa revista *Dissent*. Como Octavio Paz, creía en un socialismo en libertad. Krauze cuenta que, en un ensayo que Howe escribió a propósito del aniversario 25 de *Dissent* –fue fundada en 1954, y entre sus colaboradores ha tenido a autores como Hannah Arendt, Czeslaw Milosz, Alexander Solzhenitsyn, Martha Nussbaum y Octavio Paz, entre otros–, definió las cuatro premisas que debían cumplirse para mantener vivo al pensamiento socialista: una, desprenderse de la mayor parte del bagaje marxista-leninista; dos, no satanizar a los socialistas que son miembros del Partido Democrata; tres, apartarse de todo mesianismo político; y cuatro, mantener un compromiso sin reservas con la democracia.

El libro que no escribí

Así se titula la tercera parte de la autobiografía. A partir de aquí, en cierto modo, el libro se repliega, adquiere una tonalidad más personal. El libro no escrito de Krauze habría estado dedicado a Spinoza. Lo explica en detalle: las exigencias intelectuales y de estudio de autores conexos –Maimónides, Hasdai Crescas, Aristóteles, Epicuro, Sexto Empírico, Descartes y otros–, demandaban una dedicación de vida. A ello había que sumar las lenguas necesarias para abordar-

“
Krauze se expresa, de modo inequívoco, como un crítico de los regímenes fascistas de Videla o Pinochet”

lo: holandés, latín y hebreo. Esos requisitos lo hicieron inviable. Pero la fascinación está allí, sus pálpitos intactos, y se pone en evidencia a menudo: “Siempre estubo convencido de que la razón –que desbarata a las pasiones, las desarma–, es el vínculo humano, no solo entre persona y persona, sino entre la persona y la verdad, la verdad y la naturaleza”. Huelga decirlo: la cita pertenece a Baruch Spinoza.

En ese punto de la conversación aparece la cuestión capitular del “judío no judío”, formulada por Isaac Deutscher, referida a los heterodoxos –como Spinoza–, que han interesado a Krauze: el propio Deutscher, Heinrich Heine, Karl Marx, Sigmund Freud, Rosa Luxemburgo y León Trotsky (“me sentía atraído por esas vidas y me preguntaba si ser ‘judío no judío’ ha sido una forma de ser o estar en el mundo. Una manera de pertenecer a lo universal sin renunciar a lo particular. Y quería explorarla, encarnada en biografías. Quise entender cómo esa condición de doble marginalidad se había proyectado en la historia e incidido en ella. Encontré que, más allá de esa identidad dual (o, más bien, ligados a ella), esos personajes eran emblemáticos de temas eternos (como la tensión entre la fe y la razón, lo humano y lo divino), y de temas cruciales del siglo XX”).

Krauze recuerda al primer ‘judío no judío’, Elisha ben Abuyah, y visita en ese cauce a personajes como Filón de Alejandría, Flavio Josefo, Pablo de Tarso, hasta alcanzar los tiempos de Bizancio, la Edad Media y el Sefarad (“La cantidad y prolijidad de los filósofos que vivieron en Sefarad es abrumadora. Sus obras no comprenden volúmenes sino bibliotecas. Hubo neoplatónicos, cabalistas, aristotélicos. A veces unos a otros se consideraban heterodoxos. Y se odiaban unos a otros con odio teológico”). Para seguir, a continuación, conversando con Lasalle sobre Blaise Pascal, John Locke y Leszek Kalakowski; volver a Heine y a Spinoza; de allí pasar a Max Brod –autor de una biografía de Heine–; y a Marx y a los demás heterodoxos (“No me parece arbitrario trazar un hilo que va de Elisha ben Abuyah a Marx”).

Yizkor: el deber de recordar

Desmiente Yosef Hayim Yerushalmi, en su ensayo “Reflexiones sobre el olvido”, que los judíos hayan sido unos virtuosos de la memoria. Y precisa: han sido receptores atentos y soberbios transmisores. *Spinoza en el parque México* es la expresión de esa doble cualidad: la de escuchar con despierta atención, a lo largo de la vida, y la de poner los empeños en proyectar, en comunicar. Krauze dice, al comienzo de la cuarta parte –se titula “Biblioteca personal”–, que su práctica del *Yizkor* –el deber de recordar– se ha concentrado en el siglo XX.

De seguidas, inicia un periplo, intenso y polifacético por hechos, autores y estremecimientos del siglo XX: el regreso de mesianismo, recordado bajo el prisma de Gershom Scholem (“Recuperé esa zona reprimida de la historia judía: el misterio, el símbolo, el mito”), Walter Benjamin (“lo movía una idea mesiánica irresistible que le impedía ver muchas cosas –él, el experto en ver el lado oculto de las cosas. Creo que comprender en esos términos no es injusto. Es abrir los ojos a los riesgos del mesianismo encarnado trágicamente en un inmenso escritor”) y Franz Kafka (“Hugo Hiriart dice que sabemos más de Kafka que de nuestros hermanos, pero los cientos de páginas que dejó sobre sí mismo hacen más elusivo al personaje”). Se detiene en El Holocausto y en el factor Hannah Arendt (“Es desconcertante su fidelidad a Heidegger. Es lamentable su perfil de Eichmann. Pero sus errores no borran una vida intelectual valiente, lúcida, poderosa y fructífera. A cualquiera que la condene le aconsejaría leer sus escritos de los treinta y los cuarenta”).

La travesía sigue y Krauze nos conduce por autores y asuntos que lo han ocupado a lo largo de las décadas: Michael Löwy, Milan Kundera, Gustav Janouch, Max Weber, Daniel Bell, Ernst Toller, Georg Lukács, Herbert Marcuse y la Escuela de Frankfurt, Jakob Wassermann, Stefan Zweig, Joseph Roth, Dora Reym (tía de Krauze que vivió 101 años, sobreviviente de Auschwitz, autora de un libro de memorias); La revolución rusa, Ricardo Mestre, George Orwell (“era un inglés en los márgenes”), Fedor Dostoyevski, Joseph Brodsky, Isaiah Berlin, de vuelta a Kolakowski (“vivía a caballo entre la religión y la filosofía. Te imaginarás mi entusiasmo cuando me enteré de que en 1953 se doctoró en la Universidad de Varsovia con una tesis sobre Spinoza”).

Testigo de nuestro tiempo

Me he preguntado, hasta donde lo permite mi experiencia como lector, si en las últimas décadas ha sido publicado un libro de ambiciones y perspectivas semejantes en América Latina, y no doy con ninguno. Sin embargo, mientras lo leía, una y otra vez recordé, por el método, *Mi siglo. Confesiones de un intelectual europeo*, de Aleksander Wat, que cuenta sus avatares en la Europa aplastada por el estalinismo y las guerras, guiado por las preguntas que le hizo Czeslaw Milosz, durante varias sesiones de entrevistas. Recordé también, por la anchura temática y la riqueza de experiencias, *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*, del poeta, escritor y propagandista Iliá Ehrenburg. Y recordé, sobre todo, el incomparable *Memorias. Medio siglo de reflexión política*, de Raymond Aron, que comparte con Krauze, no solo la condición de judío, así como posturas políticas de distinto orden, sino un sello que es esencial en ambos: la potencia, el vigor, la voluntad renovada de pensar cada escenario, cada debate, cada ocasión donde las libertades puedan estar en peligro.

Spinoza en el Parque México desborda una abrumadora energía mental. Hay en el torrente multiplicidad de ideas, hechos, autores, libros, documentos y cuestiones a las que se aproxima su operación memorística, una organicidad, una marca de fábrica. Krauze, mente vertebrada, es más que un observador de mirada larga y penetrante. Ha sido y es un testigo de nuestro tiempo, que ha seguido con persistencia los avatares de la vida en común, siempre con la voluntad de analizar, interpretar, tomar posición, hacerse parte de cuanto nos rodea, pero no solo a él: también a nosotros sus lectores. ☉



CUBA >> LA DICTADURA CUMPLE 64 AÑOS

Liberarse cuesta, pero vale la pena

Investigador y doctor en Historia de las Américas, autor de numerosos libros sobre la historia de América Latina, Loris Zanatta publicó en el 2020, *Fidel Castro, el último "Rey Católico"* (Editorial Dahbar, Venezuela), imprescindible ensayo sobre la vida del dictador, Cuba y su irradiación sobre América Latina



LORIS ZANATTA / ARCHIVO

LORIS ZANATTA

Cuba es una cáscara vacía, un escenario de cartón, un modelo de nada. Es una mentira cultivada por quienes no la padecen: militantes aburridos, intelectuales huérfanos, políticos nostálgicos, jóvenes ignorantes, periodistas incultos. Todos armados con pasaje de regreso, cantan el hit inmortal: que la salud es excelente, que la escuela es gratis, que el deporte es un crack, que iguales y felices, que bueno el mojito, que fresca la langosta. Como los trenes puntuales del fascismo, la plena ocupación del nazismo, el gran salto adelante del maoísmo. Me recuerdan a mi padre de regreso de la Plaza Roja: había visto los misiles nucleares, era feliz como un niño. ¿Los rusos? Como los cubanos: ¿de qué se quejan?

La realidad es prosaica para quienes creen en los cuentos de hadas, los medios siempre son legítimos para quienes se entregan a grandes fines. “Vivirás en el paraíso”, prometió Fidel Castro. ¿Qué serán frente a tamaño horizonte los pelotones de fusilamiento, los campos de reeducación, las asambleas de moral comunista, el racionamiento de por vida, los espías de barrio, los catecismos televisivos?

De nada sirve revelar los secretos a voces a quienes no quieren conocerlos. Explicar que la excelencia sanitaria es para los mandarinés del partido y los extranjeros que pagan en dólares; que el cubano medio tiene hospitales sucios y farmacias vacías, que un “regalito” es la práctica para reservar exámenes y saltarse colas. Inútil recordar que la deserción escolar y la mala enseñanza son plagas antiguas, que la educación costó décadas de trabajo “voluntario a la fuerza”, que los dirigentes envían a sus hijos a estudiar en el extranjero.

¿Los salarios? Pocos centavos, inútiles en el mercado negro, el único lleno de mercancías, un oasis de “capitalismo salvaje”. ¿Los alimentos? Siete horas diarias para encontrarlo y cocinarlo, medido por los antropólogos, entre empujones en los mercados y apagones crónicos. ¿El transporte? Así viaja el ganado. ¿La igualdad? Por favor. El carnet del partido o un familiar en el extranjero son ascensores al cielo. Para los demás, el inframundo de la caridad estatal, el ogro filantrópico que lleva la correa.

En 1958 Cuba tenía una renta per cápita igual a la de Italia, más alta que la japonesa, el doble que la española. Importaba los inmigrantes que exporta hoy. Era injusta y estaba mal desarrollada, pero daba esperanzas. Hoy nada de eso. El dinero no trae felicidad, dicen quienes lo tienen.

La culpa es del “bloqueo”, se levanta entonces el coro, del artesano en viaje al turista sexual, del tendero enamo-

rado de una amada acorralada por la necesidad al emprendedor atraído por la mansedumbre de la mano de obra. Parece la coartada perfecta, pero es un tiro en el pie. Ningún economista serio se atrevería a sostenerlo. “No podemos siempre culpar al embargo”, decía Fidel. Libres del dominio imperialista y de la explotación capitalista, prometió, dueños de nuestros bienes y de nuestro destino, ¡seremos el país más rico del mundo! Textual. ¿La receta? Profecía marxista y milenarismo cristiano, planificación estatal y cruzada contra la propiedad. ¡Basta de mercado, pecado social! ¡Basta de dinero, estiércol del diablo! Cosechó lo que sembró.

Si no fuera trágica, la historia económica cubana sería cómica, tal es la brecha entre proclamas y resultados, profecías y efectos. Quejarse del embargo, celebrado cuando se promulgó, exhibido como un alarde, desafía el sentido común y el buen gusto, es culpar al espejo en el que escupió. Cuba puede comerciar con quien quiera. El problema es que para comprar necesita dólares, para tener dólares exportar, para exportar producir. Once millones de cubanos en la isla producen poco o nada, a diferencia de los tres millones de expatriados. ¿Estaba mal la receta?

El “bloqueo” no tiene nada que ver con la suerte de Cuba, el autoritarismo del régimen, la miseria que lo asedia, la rabia que estalla. Son todos productos de su cosecha, legados

“**Sin embargo, se respira un aire nuevo. Menos miedo y más determinación**”



Meter el dedo en la llaga

SERGIO DAHBAR

Siempre llama la atención que un libro polémico pase inadvertido. Caben muchas razones. Sobre todo en un país donde pocos libros son revisados con ánimo crítico. Sobran los ataques personales o los silencios. Al publicar *Fidel Castro, el último rey católico*, del historiador italiano Loris Zanatta, pensé que surgirían lecturas críticas. ¿Por qué? Nuestra oposición se siente estrechamente conectada con la cultura y la ideología jesuita. De muchas maneras, la mesa estaba servida, me dije. Y otra vez me equivoqué.

No deja de asombrarme porque Zanatta plantea que uno de los mitos de la izquierda latinoamericana, nada menos que “el caballo” como lo llaman sus adoradores, nunca dejó de ser jesuita, una matriz religiosa y moral que adaptó al marxismo leninismo. El sacrificio para ganar el cielo, o esa versión más fideliana si se quiere: “hay que reprimir al hombre para salvarlo”. Zanatta ha escrito un libro portentoso,

de su historia. ¿Cómo podría ser de otra manera? Si nos quitáramos los lentes coloniales de la guerra fría, veríamos que la revolución cubana fue la revancha del Oriente rural y religioso de la isla sobre el Occidente urbano y secular, la venganza de la herencia hispana contra la modernidad anglosajona. Érase una vez un pueblo puro, dice el libreto, el campesino “nacido en un pesebre como Jesús”, Fidel dixit. Pero su pureza fue manchada por el individualismo liberal y el egoísmo capitalista, frutos envenenados del protestantismo estadounidense, de la ilustración europea. Hasta la redención, el advenimiento del Mesías de barba larga y formación jesuita que liberó al pueblo para llevarlo a la tierra prometida. Una parábola bíblica.

El comunismo castrista encarnaba la utopía del Reino de Dios en la tierra. Un Reino donde el futuro ideal es el regreso al pasado ideal, a un pueblo mítico de paz y armonía, después de la expiación de los pecados y la purificación de la historia. Y como cada uno construye su historia con los materiales de su pasado, es comprensible que reproduzca los rasgos del cristianismo hispano que durante siglos moldearon a Cuba, de la orden sacerdotal y militar de los reyes católicos erosionada por la civilización comercial y laica crecida en la Europa protestante.

Los rasgos del régimen cubano son, adaptados a la época de las masas, los del Imperio español en la época de lo sagrado. El “unanimismo”, ante todo, la fusión de fe y política. Así como el súbdito de Su Majestad fue, por ser tal, hijo de Santa Madre Iglesia y como junto con los moros la España católica también expulsó a los judíos

por sus ideas, porque cada línea importa, por su exhaustivo contraste con las fuentes, por la ambición de una escritura que continuamente advierte tesoros donde se suponía que solo había repeticiones y redundancias. Aunque nadie debería sorprenderse ya, Zanatta establece que Fidel creció en una isla hispánica hasta la médula, dentro de una familia católica, educado por sacerdotes en los principios del comunismo de las misiones jesuitas de América. “Un legado que impregnó su universo moral, la salvación de las almas por la evangelización ideológica y el soplo creador del hombre nuevo por la acción y la disciplina revolucionaria, la sociedad sin clases del comunismo, y la redención del pueblo elegido por el mesías-líder salvador”, ha escrito Norma Morandini en *El País*.

Un libro inquietante. Para los castristas que no pueden dejar de adorarlo y para quienes lo han combatido por comunista, sin advertir que tenían enfrente a un monarca católico con todas las de la ley.

para obtener la “pureza de sangre”, del mismo modo el régimen cubano exige la unidad de fe política, bajo pena de expulsión o conversión, castigo u ostracismo. La arquitectura del régimen –partido único y unidad de poderes– se basa en esta fusión. Aquí, advirtió Fidel, nunca entrará “la famosa separación de poderes del famoso Montesquieu”. Una de las pocas promesas cumplidas: *ein volk, ein heimat, ein führer*.

El segundo rasgo es la jerarquía. Así como la cristiandad hispana, creada a imagen de un organismo vivo, expresaba una jerarquía de funciones, desde la cabeza coronada hasta el más humilde de los súbditos, así el poder fluye en el castrismo de arriba abajo y del centro a la periferia. Un viaje de ida. El régimen franquista, a su vez heredero de ese modelo, se definió como “orgánico, jerárquico y funcional”. Esta es la definición que mejor se adapta al cubano.

El tercer rasgo es el corporativismo. Como las sociedades del antiguo régimen, la cubana es una sociedad de cuerpos. “No se puede vivir por la libre”, sentenció Fidel, “todos debemos ser algo de algo”. De ahí las “organizaciones de masas”, órganos totalitarios de los que nadie escapa, niños y trabajadores, mujeres y artistas, deportistas y empleados. A través de ellas pasan los servicios brindados por el Estado, los únicos permitidos. Evadir es suicidarse, condenarse al aislamiento, mejor inclinar la cabeza y tragar. El nuevo orden de la revolución cubana es una copia de la sociedad estamental del pasado, un orden sin individuos. Excepto porque reemplaza a los privilegios basados en el nacimiento con los privilegios basados en la lealtad al partido. No hace

falta decir que la escasa movilidad social depende del conformismo no del talento, de la obediencia no de la creatividad.

El cuarto rasgo es el estado ético. Así como la Providencia puso la cruz en manos de los reyes españoles para evangelizar a los paganos y la espada para aplastar la herejía, las “leyes de la historia” muestran al castrismo el camino de la salvación. Y así como aquellos utilizaron el poder del Estado para tan elevado propósito, también lo hace el régimen cubano en cuarteles y hospitales, medios de comunicación y campos deportivos, periódicos y conciertos, lugares apostólicos, herramientas de su catequesis. Especialmente la escuela: la “burguesa”, dijo Fidel, enseña cosas diferentes y confunde mentes; la cubana solo la verdad, la suya. Digno heredero de los estados confesionales, el estado cubano pontifica y censura, bendice y excomulga.

Finalmente, el último rasgo del régimen: nació anunciando bienestar y prosperidad, terminó celebrando la Santa Pobreza, garantía de inocencia y moralidad del pueblo. El pobre se convirtió así en arquetipo de santidad, el buen salvaje en modelo de buen revolucionario, ideal para justificar los fracasos económicos y para perpetuar su dependencia del régimen: privado de autonomía personal, el pobre es un eterno menor necesitado de su abrazo interesado. El imperativo de luchar contra la riqueza ha vencido al de erradicar la pobreza. Cínico pero coherente.

Si este es el caso, si este es el contexto, ¿qué esperar de la ola de protestas? Estrictamente hablando, nada, ya que nada es más estático que un orden totalitario, más conservador que un régimen revolucionario. Mientras las democracias zigzaguean entre crisis y recuperaciones, errores y correcciones, las revoluciones son irreversibles, como dice la Constitución cubana. ¡No se abandona el paraíso! ¡No se reforma una Iglesia! Y si sucede, se llama cisma. Por eso Fidel no toleraba que se hablara de “transición”, por eso Díaz-Canel amenaza muerte y violencia: “tendrán que pasar sobre nuestro cadáver”. No hubo crisis que el régimen no metabolizara. ¿Por qué deberían caer aquellos que poseen todos los recursos del poder? ¿Quién puede causar su colapso?

Sin embargo, se respira un aire nuevo. Menos miedo y más determinación, más conciencia y menos resignación. Pocos pensaron alguna vez en cambiar el régimen, la mayoría soñó con escapar. Hoy lo enfrentan y la fuga masiva no es una opción. Es difícil decir si bastará para dañarlo, para abrir una brecha en las opacas filas del partido y de las fuerzas armadas. El último que lo intentó, en la década de los 80, acabó fusilado. Pero eran otros tiempos y Fidel Castro reinaba supremo. Hoy ya nadie cree en los rituales del régimen. Sus pomposas liturgias dan náuseas, sus consignas comunistas vacías provocan rechazo, su abuso del patriotismo indigna. No más mentiras, no más promesas, no más privilegios, corre el rumor. La historia arrojada por la puerta vuelve por la ventana, las armas compradas para reprimir podrían quedarse en las pistoleras. Liberarse cuesta, pero vale la pena. ☺

*Loris Zanatta es profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Bolonia, Italia. En 2011 fue nombrado miembro corresponsal por Italia de la Academia de la Historia de la República Argentina. Ha publicado, entre otras obras, *Del Estado liberal a la nación católica. 1930-1943* (Buenos Aires, 1996), *Perón y el mito de la nación católica. 1943-1946* (Buenos Aires, 1999), *Historia de la Iglesia argentina* (en colaboración con R. Di Stefano, Buenos Aires, 2000), *Breve historia del peronismo clásico* (Buenos Aires, 2009), *Eva Perón. Una biografía política* (Buenos Aires, 2011), *La internacional justicialista*, Buenos Aires, 2012, *Historia de América Latina: de la Colonia al siglo XXI*, Roma, 2010/ Buenos Aires, 2012, *Fidel Castro, el último "Rey Católico"*, Caracas, 2020.

PERFIL >> GERMÁN CARRERA DAMAS (1930)

La vida me favoreció con la amistad de este maestro forjador de autonomías creativas y, jamás, de vínculos serviles. Ofrezco en estas líneas breves pinceladas sobre su vida afortunadamente larga, siguiendo una línea que me resultó interesante: ¿puede el fuerte y amoroso mandato paterno de prepararse para triunfar en la vida, explicar que aquel niño cumanés muestre hoy, a sus noventa y dos años, una obra tan extensa, continua y coherente?



GERMÁN CARRERA DAMAS / ©VASCO SZINETAR

De guarichito pescador a historiador del mundo

LOURDES FIERRO BUSTILLOS

La Calle del Baño de la gobernadora (ca. 1930)

—A las tres y media de la tarde se cerraba la calle y pasaban a bañarse las autoridades con sus familias...

Cuando Mercedes Damas del Castillo, de tradicional familia cumanesa, cumplió dieciséis años, se casó con el próspero comerciante de Cariaco, Antonio Carrera, se fueron a vivir a Cumaná, en una casona al lado de la iglesia de Altigracia, en la calle que desembocaba en el río Manzanares. Ella se llevó su piano; él, sus libros e ilusiones y se pusieron a inventar una familia. En aquella tierra temblorosa, un año después del terremoto de 1929, nació el segundo hijo de la pareja, y lo llamaron Germán. *El Salón Azul* fue el nombre que Antonio dio a su casa de comercio, reabierta en Cumaná; nunca fue a la escuela, pero era buen lector, sensible a la poesía y conocía bien *Azul*, de Rubén Darío. En aquella bodega con gran depósito, olorosa a frutos, Antonio continuó con el negocio familiar de acopiar, reempacar y vender tabaco, café y frijoles a las casas alemanas. Le iba tan bien, que el primer carro que rodó por Cumaná, un *AC Action*, ensamblado en Alemania, le pertenecía.

Guarichito pescador libre, desnudo (ca. 1938)

—Algo lejos ya de la costa, nos desnudábamos y, al regresar, nos vestíamos...

Como tantos niños del Cumaná de entonces Germán corría desnudo y libre por las playas del río y del mar. De madrugada, por la costa de Caigüire, se trepaba en algún peñero y salía al mar del golfo de Cariaco con pescadores guaiqueríes. Faenaban desnudos, tal vez por costumbre o porque cuidaban mucho su escasa ropa; no abundaban las telas en aquella ciudad, solo había un telar donde se fabricaba la tela burda de algodón que vestía el común. *Guarichito* y libre, Germán sabía mucho del mar y de pescar, de frutos maduros, de pilar maíz con sus dos manos... *chon, chon...* No sabía leer, no había escuelas todavía.

La biblioteca de bahareque (ca. 1939-1943)

—Papá me enseñó a leer; mamá, la materia más importante: humanidad...

Antonio ordenó un día: hagamos un cuarto de bahareque en el patio, por si hubiera un terremoto. Todos ayuda-

ron. Germán tuvo que amasar barro con paja y fueron tantos los días bajo el sol, que su cabello se aclaró y lo llamaban “pelo’e paja”. Caña sobre caña, patuque tras patuque, el cuarto quedó listo, lo pintaron de azul, metieron los libros y su papá colgó una tabla donde escribió: BI-BLIO-TE-CA. Aquel fue un día importante para Germán porque recibió su primera clase de lectura; en adelante, padre e hijo leyeron juntos en feliz complicidad. Años después, cuando cumplió trece años, su papá le regaló y le dedicó su primer libro de *Historia Universal*, traducido del inglés; sabe que tiene todavía este libro, pero no lo encuentra. Por las tardes, cuando refrescaba, se metía por la ventana la música del piano de Mercedes, de quien cuenta Germán que en varias ocasiones dio señales de vida: sabía de compositores, música, poesía y, cuando hizo falta, armó algún *zaperoco*.

Triunfar en la vida (ca. 1947)

—No les dejaré una herencia importante, les regalaré la oportunidad de prepararse para triunfar en la vida...

¡Tremendo mandato condicionado!: sin preparación no habría triunfo. Vivían entonces en Caracas, en la esquina del Zamuro mientras Germán estudiaba bachillerato en el Fermín Toro. Pero, con preocupación, Antonio observaba que su hijo leía mucho sobre el marxismo.

—Hijo —le decía— el socialismo no tiene futuro.

—Pero, papá —respondía Germán sabiando—, usted ni siquiera ha leído a Marx, ni el Anti Düring de Engels...

—No los he leído—respondía Antonio—, pero he vivido: el socialismo ignora la condición humana.

Y, tal vez, para alejarlo de tales lecturas, o porque le atraía mucho la *ciudad luz*, Antonio reunió a su familia y dijo:

¡Todos a París! (ca. 1947)

Fue peor; en la París de la postguerra el socialismo burbujeaba en cada esquina y Germán, libre como guarichito en Caigüire, terminó inscrito en el Partido Comunista. Tenía dieciocho años cuando, con amigos venezolanos, comunistas, enviaron un telegrama a Caracas protestando por el golpe de Estado contra Rómulo Gallegos (24 nov 1948). La represalia no

se hizo esperar y terminaron, todos, en la clandestinidad: Germán no podía estudiar, ni trabajar, ni regresar a Venezuela, cautiva ya de un gobierno militar. En París lo interrogaron y lo siguieron por todas partes hasta que el jefe de la policía lo declaró *no-peligroso*. Ahora sí podría prepararse, estudiar.

Comenzó por inscribirse en la Facultad de Derecho de la Universidad de París donde, para ser admitido, debía hablar perfectamente francés. ¿Cómo? ¿si faltaban apenas tres meses para los exámenes? Germán decidió que, si iba todos los días al cine continuado del vecindario, por el precio de un boleto, podría ver varias veces la misma película y aprendería francés. Así fue, y aprobó el examen. Aprendió mucho durante el año y medio que duró su paso por Derecho hasta un día, comenzando 1950, cuando decidió que aquello no era lo suyo. Por entonces había abandonado sus lecturas marxistas, desencantado de la gran farsa que resultó ser el socialismo científico que lo había entusiasmado, por entonces, además, se develaron los horrores del estalinismo. Abandonó la militancia. Antonio y su segundo hijo volvieron a ser los lectores compinches de antes.

Por entonces intentó por otro camino: la Escuela de Estudios Políticos y le encantó. Lo bueno fue que pudo trabajar y estudiar pues, como leía perfectamente el francés del siglo XIX, le encargaron la traducción de documentos del intervencionismo francés en México (1838-1867): ¡200 microfilms! De este esfuerzo resultaron no solo su tesis y su licenciatura, sino también su amor por la Historia.

Vivía todavía en París cuando un profesor, que lo venía observando, le preguntó:

—¿Y por qué usted no se va a México? Podría venir la guerra otra vez...

Quién así le habló fue nada menos que Salvador Azuela (1902-1983), decano de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Germán regresó a su casa, contó lo ocurrido y Antonio, sabio y viajero, lo decidió en un segundo:

¡Todos a México! (ca. 1956-1958)

Estaba en un salón de clases con otros aspirantes a ingresar en la prestigiosa maestría de Historia del Colegio de México cuando el profesor José Miran-

da (1903-1967) los interrogó así:

—¿Quién de ustedes tiene vocación de pobreza?

Germán levantó la mano y dijo:

—Yo...

—¿Qué es lo más viejo que ha leído del francés del siglo XVIII?— preguntó Miranda.

—Voltaire.

—Hmmm, usted es la persona que yo necesito...

Y fue así como quedó dentro, en un mundo totalmente nuevo, regido por exigentes historiadores. Tiempo durísimo fue aquel por su pobreza: vivía con cien dólares mensuales y, con visa de estudiante no podía trabajar. Enterado de sus vicisitudes el profesor Daniel Cosío Villegas (1878-1976) tuvo una idea: Germán trabajaría *ad honorem*, como auxiliar de investigación del profesor Miranda cuyo secretario cobraría algo adicional a su sueldo, por supuestos trabajos extra y, con este excedente, se remuneraría al venezolano. Aceptó, estaba salvado, saldría de la pobreza..., pero ¿triunfar en la vida? ¿Qué deseaba ser?

Durante dos años trabajó y estudió día y noche hasta que se dijo:

—Historiador, esto quiero ser. Y ¿qué quiero hacer? Venezuela.

Con tan claros objetivos todo fluyó: estudió Venezuela y hasta publicó en México sus investigaciones sobre Boves, Bolívar, la historiografía venezolana y el que llama su *librito* sobre la renovación de los estudios de Historia en Venezuela. Tenía veintiocho años y la maestría en Historia. Ahora podía regresar, sabía a qué iba.

La carta cerrada (8 de abril de 1958)

—A un amigo

Se decía en México que quienes volvían a sus países, si habían sido comunistas, morirían; y que los comunistas activos los execrarían y no podrían trabajar. Germán intuía, además, que su visión crítica de la historiografía venezolana molestaría a colegas de prestigio. Su maestro, el historiador Alfonso Reyes, presidente del Colegio de México, previendo estas dificultades, le envió un sobre cerrado, una referencia tal vez, por si algún acaso. Lo guardó, sin abrirlo.

En Venezuela se organizaba de nue-

vo la democracia; el nuevo gobierno envió entonces un avión a México para repatriar a los exiliados y Germán lo abordó. Llevaba en su equipaje un sueño, un objetivo vital: abrir nuevas rutas a la historiografía venezolana para fortalecer la conciencia nacional e impulsar la democracia liberal republicana.

Mi Alma Mater (ca. 1964-1970)

—Soy producto de la Universidad Central de Venezuela...

Siguió por el pasillo hasta el decanato y entregó la carta cerrada a la secretaria. El decano sabía de exilios, era el filósofo español Juan David García Bacca (1901-1992), venezolano desde 1952. Germán se devolvía ya, cuando escuchó que lo llamaban:

—Señor, señor, el decano lo va a recibir —se saludaron y García Bacca, con la carta abierta en una mano, le dijo—. Yo no sé dónde ni cómo, pero desde este momento usted trabaja aquí.

Su maestro lo recomendaba como investigador confiable en lo privado y cumplidor de compromisos. Esa carta le abrió las puertas del difícil medio académico venezolano de aquel tiempo: revalidó materias, obtuvo la licenciatura en Historia y se doctoró en la institución que, en adelante y para siempre sería su *Alma Mater*.

La felicidad al precio de un medicito (ca. 1964)

—Ella, la que ya no está, pero nunca falta...

Alida nació en Maiquetía; se conocieron en la universidad cuando él era asistente de investigación y ella trabajaba en la administración de la biblioteca. No tardaron mucho en descubrir sus muchas afinidades hasta que, en una tarde caraqueña, rosada de sol poniente, al salir del trabajo él la invitó al Gran Café de Sabana Grande. Se ubicaron, pidieron un cafecito y, entre una cosa y otra, de pronto, él se la quedó mirando a los ojos muerto del susto y le preguntó.

—Alida, ¿te quieres casar conmigo? Directa y segura como era, ella dijo: —Sí.

Todavía hoy Germán ríe cuando afirma que el amor de su vida le costó un medicito.

(Continúa en la página 6)

ENSAYO >> EL TIEMPO, OBSESIÓN DEL PRESENTE

En este preciso instante

“Y es que todas nuestras experiencias están contenidas a cada instante de nuestra vida, las vivencias físicas están grabadas en las células y órganos, nuestros sentimientos, tanto conscientes como inconscientes, están almacenados en nuestro cerebro”

EDGAR CHERUBINI LECUNA

El porvenir no es lo que viene hacia nosotros, sino aquello hacia lo cual vamos
Gaston Bachelard

A reflexionar sobre la naturaleza del tiempo, San Agustín concluye que “no hay tiempo que sea del todo presente a la vez”, lo que ocurre es que “el pasado y el futuro son creados y ambos fluyen de lo que es siempre presente” (*Las Confesiones*, S. IV). Según la ciencia, el tiempo es una medida física denominada ‘magnitud’ con la que un observador mide la duración o separación de acontecimientos sujetos a cambio, esto es, el período que transcurre entre el estado o instante X y el estado o instante X1, es decir cuando registra una variación perceptible. En Occidente, asumimos un concepto lineal del tiempo, es una “sucesión de ahoras” como lo definía Aristóteles, donde acarreemos con el pasado (a veces como una pesada carga), mientras somos acicateados por la incertidumbre de un futuro que desconocemos, que no existe, así como el temor al “no tiempo”, es decir, a la muerte, al vacío, a la nada. San Agustín, concluye que el tiempo es un fenómeno interior: “¿Quién hay que niegue que no existen aún los futuros? Sin embargo, ya existe en el alma la espera de cosas futuras. Y ¿quién hay que niegue que las cosas pasadas ya no existen? Sin embargo, existe todavía en el alma la



SAFETY LAST (1923) / HAROL LLOYD

memoria de cosas pasadas. Y ¿quién hay que niegue que carece de espacio el tiempo presente, ya que pasa en un instante? Y, sin embargo, perdura la atención por donde pasa”.

Acerca de la naturaleza del tiempo, Kant afirma: “El tiempo es una de las formas de nuestra sensibilidad, de la manera como estructuramos, como ensamblamos la materia bruta de las sensaciones para hacerla inteligible, para darle sentido, una forma universal y necesaria”.

En un pasaje de *El Timeo* Platón dice: “La expresión ‘existe’ no se aplica más que a la sustancia eterna. Por el contrario, las palabras ‘existía’, ‘existirá’ son términos que hay que reservar a lo que nace y avanza en el tiempo. Porque lo que existe es lo único real, es menester desarrollar un nuevo modelo de eternidad a través suyo, y en el que no se incluya lo que existía (el pasado) ni lo que existirá (el futuro), un modelo diferente al de la duración sin fin”. Eternas serían para Platón las ideas concebidas como modelos o arquetipos de las cosas. Platón renunció a definir la eternidad en términos del tránsito del fu-

turo al pasado a través del presente, es decir, en términos de tiempo, en otras palabras, no definió la eternidad en términos de movimiento. Para el filósofo, “la eternidad es inmóvil”. Borges, retoma poéticamente el postulado de Platón al insinuar que “ni la decadencia ni el adiós tienen cabida en ese modelo de eternidad”. Pa-

“
Según la ciencia,
el tiempo
es una medida
física denominada
magnitud”

ra el escritor, su visión del tiempo adquiere otras dimensiones: “El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego” (Jorge Luis Borges, *Nueva refutación del tiempo*, 1952). Søren Kierkegaard (1813-1855), en una de sus exploraciones sobre la angustia existencial y la perplejidad del tiempo, concluye: “Un ser humano es una síntesis de psiquismo y cuerpo, pero también es una síntesis de lo temporal y lo eterno”.

Entre quienes sostienen que el pensamiento y la cultura dependen del lenguaje, debemos citar a Benjamín Lee Whorf, a quien se le atribuye la denominada “Hipótesis Sapir-Whorf” que marca una tendencia del determinismo lingüístico, proceso por el cual las funciones de la mente son determinadas por el lenguaje, es decir, los pensamientos que construimos están basados en el lenguaje que hablamos y en las palabras que usamos. “Es la estructura de un lenguaje la que determina la estructura de nuestra realidad y cada lengua analiza de una peculiar manera la realidad concreta a la que se enfrenta para ordenarla y encajarla según su propia visión. La manera de razonar del ser humano está determinada por la lengua que se emplea en el razonamiento. La lengua no es solo un medio de expresión del pensamiento, sino el molde en el que se configura y concretiza dicho pensamiento”. Cuando Whorf estudia la tribu de los indígenas Hopi de Arizona, queda sorprendido al comprobar que en su lengua no describen el sentido del tiempo: “Después de un largo y cuidadoso estudio y análisis nos encontramos con que la lengua Hopi no contiene palabras, formas gramaticales, construcciones o expresiones para referirse directamente a lo que nosotros llamamos “tiempo”, ni en forma explícita ni implícita a conceptos tales como pasado, presente y futuro, duración, movimiento entendido como cinemática antes que como dinámica, o sea como un continuo traslado en el espacio y en el tiempo”. Este lingüista heterodoxo revela una concepción del tiempo de los Hopi diferente a la de científicos y filósofos occidentales. Las lenguas indoeuropeas, según Whorf, utilizan un “tiempo espacializado”, de acuerdo con el cual el tiempo se cuenta de manera similar a como se mide el espacio. Para los hablantes de la lengua Hopi, de acuerdo con Whorf, el tiempo no haría las veces de magnitud por encima de los acontecimientos, sino que sería uno con los acontecimientos. “Todo aquello que es accesible a los sentidos, no distingue entre pasado y futuro, ven la

vida como un continuum, viven en un continuo presente” (Benjamin Lee Whorf, *Lenguaje, pensamiento y realidad*, 1956).

Ese continuo fluir del tiempo y de todo el universo en conjunto, es analizado desde la perspectiva budista por el filósofo japonés Daisaku Ikeda (*Life an Enigma*, 1982). En su libro sostiene que, si profundizáramos “en este preciso instante de nuestra vida, nos daríamos cuenta de que este contiene todos los recuerdos del pasado, incluidos los espirituales y los físicos, contiene por igual todas las esperanzas, todas las expectativas, los deseos y las potencialidades del futuro. En realidad, en un momento dado, en cualquier instante, nuestro cuerpo contiene toda la información fisiológica que utilizaremos en el futuro, los cinco mil millones de moléculas de ADN, dotadas de la información que necesitamos para vivir en el siguiente instante. Y es que todas nuestras experiencias están contenidas a cada instante de nuestra vida, las vivencias físicas están grabadas en las células y órganos, nuestros sentimientos, tanto conscientes como inconscientes, están almacenados en nuestro cerebro.

El budismo plantea que al ser uno con el universo, acumulamos en nuestra vida la energía del cosmos. Es decir, contamos con potencialidades indecibles para vivir el siguiente instante. Nuestros deseos, esperanzas y ambiciones son poderosas fuerzas que existen en nuestro interior para construir el futuro. Por eso, no se puede decir que el presente esté separado del pasado o del futuro.

Por su parte, Bergson aporta una hermosa definición, al comparar la vida de cada individuo con una melodía: “¿Se ha pensado, sin desnaturalizarla, acortar la duración de una melodía? La vida interior es esta melodía misma” (Henri Bergson, *El pensamiento y lo moviente*, 1934).

Para Gaston Bachelard (*La intuición del instante*, 1987), es nuestra intención la que en verdad ordena el porvenir, como una perspectiva cuyo centro de proyección somos nosotros: “Es preciso desear, es preciso querer, es preciso alargar la mano y andar para crear el porvenir. Tanto el sentido como el alcance del porvenir están inscritos en el propio presente. El porvenir no es lo que viene hacia nosotros, sino aquello hacia lo cual vamos”. En este preciso instante, según lo que pensemos y la actitud que adoptemos, construimos nuestro futuro. ☉

De Guarichito pescador a historiador del mundo

(Viene de la página 5)

La Escuela de Historia (ca. 1965-1970)
—*La Historia es un saber que va adquiriendo el carácter de ciencia, a medida que alcanza toda su potencialidad...*

Renovación. Siso Martínez le propuso, y Germán aceptó, ser el director de la Escuela de Historia; ahora podría impulsar la renovación de los estudios de Historia en su universidad. El movimiento renovador estalló en 1968: la Central estaba intervenida, militarizada, su autonomía violada y la Escuela enviada a morir en casas de *porai*. La historia, se decía, servía para la pedagogía o la academia, pero no se aceptaba su potencialidad como ciencia de lo social. Meses después, la Escuela volvió a su predio ucevista con nuevo plan de estudios, plantilla profesoral dispuesta al cambio, criterios de evaluación que premian el ejercicio del método crítico antes que la simple narración cronológica.

Planificación. Una feliz coincidencia entre Germán, Héctor y José Agustín Silva Michelena condujo (ca. 1970) a la creación del Área de Estudios Socio-históricos del Centro de Estudios del Desarrollo (UCV). Mucha valentía científica se necesitó para enfrentar estereotipos nacidos del estudio de otras realidades. Las publicaciones resultantes, por novedosas, no han tenido todavía suficiente impacto en las políticas públicas que deberían llevar más felicidad a este pueblo. La Historia, como disciplina, debe aún desarrollar el método prospectivo; ¿habrá que esperar mucho? En la mesa de discusiones de aquel CENDES abierto a la historia, al futuro, participaron destacados profesionales de la disciplina en el mundo: Ruggiero Romano (1923-2002), Anouar Abdel Malek (1924-2012), John Lynch (1927-2018), Manuel Moreno Fraginals (1920-2001), John Lombardi (1942), Nicolás Sánchez Albornoz (1926) y más; cada uno, en su oportunidad y según el proyecto, fa-

voreció el desarrollo del conocimiento sociohistórico de aquella apertura cendista.

Refundación. Desde los años 80 se notaba en Venezuela un peligroso estancamiento de la democracia; Germán formaba parte de la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE) donde insistía en la urgencia de promover, más que el cambio en algunas leyes, un gran esfuerzo nacional para definir objetivos y compromisos para el futuro. El *Pacto para la Reforma* se firmó en 1990, pero el apoyo político inicial se fue derrumbando hasta que la COPRE y sus avances, quedaron como una puerta entreabierta al futuro, y dejó de funcionar en 1999. ¿Se evitó así resolver el urgente y grave problema de cómo permitir a la nación expresarse para refundar, en paz, al Estado? Seguramente sí, se tuvo miedo al conflicto implícito, aunque resolver esto entonces habría evitado, tal vez, la conflictiva ruptura del tiempo actual que siguió. No estaban las conciencias prepara-

das para enfrentar y superar aquel reto que aún sigue planteado. ¿Lo estarán ahora?

Historiador del mundo (ca. 1995-2023...) Como embajador, Germán tuvo oportunidades para estudiar la historia de otras sociedades. Su bibliografía reciente revela mayor comprensión de la historia global en su descomunal complejidad y transición. Desde UNESCO, colaboró y dirigió equipos de investigadores que publicaron títulos como: *Historia del desarrollo científico y cultural*; *Historia general del Caribe*; *Historia general de América Latina*; *Historia general de América Andina...* y, la más llamativa, la *Historia de la humanidad*. Hoy día y siempre, en la extensa y sólida obra escrita de este venezolano hallarán los interesados inspiración para cuando llegue el momento, que llegará, de vencer prejuicios y miedos, y reintegrar a la sociedad venezolana, fracturada, mas no destruida, en el riquísimo *continuum* que es su propia historia.

¿Triunfar en la vida? (ca. 2023)

¿Cuánto de aquel guarichito, pescador desnudo, hay en este Historiador del mundo? Su fresco sentido del humor, su sabiduría de la historia que lo impulsa a emprender nuevas aventuras del conocimiento, enormes como su mar; el amor a la libertad para explorar, descubrir, expresar, ser; el esfuerzo honesto para enfrentar oposiciones y criticar al poder... Mirándolo bien: el Germán de hoy sigue abrazado a sus afanes de historiador; sabe que sus lectores estudian el tiempo histórico para ordenar el futuro, sobre bases históricas confiables. Estas pinceladas muestran apenas las influencias que lo marcaron: Antonio fue un filósofo de la historia pragmático y un padre, convencido de que estudiar para realizar los sueños era triunfar en la vida; Mercedes, mujer de su tiempo, culta y responsable, se fue un día como la reina Maab de Rubén Darío, caminando sobre un rayo de sol. ☉

CONVERSACIÓN >> VIDA Y CREACIÓN

Entrevista a Ednodio Quintero

La entrevista que sigue, publicada con la autorización de su autor, apareció originalmente en la edición número 466 de la revista *Quimera* (octubre de 2022)

EDUARDO SUÁREZ FERNÁNDEZ-MIRANDA

Decía el escritor Enrique Vila-Matas al referirse a usted, que el haber estado tan alejado de los focos mediáticos le ha beneficiado, porque “le ha permitido acceder al ideal de ciertos narradores de raza: ser puro texto, ser estrictamente una literatura”. ¿Qué nos puede contar sobre Ednodio Quintero?

Comparto casi al cien por ciento la opinión de mi amigo Enrique. Siempre me ha interesado la literatura como el uso deliberado y singular del lenguaje con fines estéticos, capaz de iluminar algún conflicto existencial. Lo que más he apreciado en mi vida es la libertad: desde la separación de mis padres, a mis diez años, he hecho lo que me da la gana. Tuve la suerte de graduarme muy joven, a los veintitrés años, de Ingeniero Forestal y a los pocos meses ingresé a la universidad como docente e investigador. Ya antes había comenzado a escribir y había publicado en revistas y periódicos. La solvencia económica de aquella época me permitió continuar escribiendo sin someterme a la dictadura de los editores. Y así pude ser fiel al consejo de Milan Kundera: “El narrador no tiene que darle cuentas al mercado, sino a Cervantes” (cito de memoria). Por supuesto, me alegra saber que, sin llegar a convertirse en best sellers, mis libros se venden bien.

Recordando a Stendhal, ha dicho usted que “escribir es un placer denso y profundo”. En la editorial Candaya ha encontrado un espacio para su obra narrativa y su labor traductora, desde *Mariana y los comanches* (2004), los libros de relatos *Combates* (2009) y *Ceremonias* (2013) o *El amor es más frío que la muerte* (2017), su última novela publicada en la editorial. ¿Cómo surgió su relación con la editorial del Penedès?

Mi relación con Olga y Paco de Candaya es una historia muy curiosa. Comienza con mi amistad con Enrique Vila-Matas, a quien conocí en un encuentro de escritores (México, 1991). Cuando en 2001 a Enrique le dieron en Caracas el Premio de novela “Rómulo Gallegos”, la Universidad de los Andes lo invitó a pasar unos días en Mérida y se quedó tres semanas. Le gustaba la ciudad andina pues había estado en 1993 invitado por la Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas”. Durante esta última estancia pasó tres días con sus lóbreas noches en un hotel de montaña al borde de los cuatro mil metros de altitud, y a su regreso a España escribió un artículo donde contaba su experiencia nocturna con unas llamas asesinas y lo mucho que le había gustado una novela mía inédita que había tenido la amabilidad de leer. Olga y Paco leyeron aquel artículo y al año siguiente vinieron a Mérida buscándome y me encontraron en el mítico Café Santa Rosa donde yo pasaba las tardes hablando con amigos y tomando café. Me contaron la idea que tenían de fundar una editorial. Nos entendimos desde el primer momento y les entregué un manuscrito. Por esa época vivía en Barcelona mi amigo Juan Villoro que al enterarse de los planes editoriales de Olga y Paco comentó: “Solo para publicar a Ednodio vale la pena crear una editorial”. Villoro prologó *Mariana y los comanches*, que fue el primer título de la colección de narrativa de Candaya. Luego vinieron mis dos libros de cuentos: *Combates* y *Ceremonias* y la novela *El amor es más frío que la muerte*. Colaboré en dos traducciones de literatura japonesa: *El mago* de Ryunosuke Akutagawa y *La felicidad de la familia* de Osamu Dazai, y escribí sendos prólogos. También escribí el prólogo para la extraordinaria novela *Lluvia* de Victoria de Stefano. Además participé en giras maratónicas por las principales ciudades de España en la presentación de mis libros. Fueron numerosos los encuentros que tuve con Olga y Paco: Feria del libro de Guadalajara, Ciudad de México; y en Venezuela: Mérida, Maracaibo, Valencia, Caracas. Por estas y otras razones estaré profundamente agradecido a la gente de Candaya. Si me explico en tantos detalles es porque esa relación basada en una profunda amistad se vio de pronto interrumpida por algo que escapa a mi comprensión. Cuando Olga y Paco se enteraron de la publicación de *Cuentos salvajes* con Atalanta se indignaron de tal manera como si yo hubie-



EDNODIO QUINTERO / ©VASCO SZINETAR

ra cometido un delito de alta traición. Les escribí preguntándoles los motivos de aquella repentina rabieta, han pasado ya tres años desde entonces y ni siquiera han respondido mis e-mails. En fin... Cosas veredes, Sancho.

Volviendo a *El amor es más frío que la muerte*, título de claras resonancias fassbinderianas, cuya sugerente portada es una fotografía suya: ha definido el libro como una novela sobre la vida, más que una novela sobre el amor. Está construida en tres niveles diferentes, uno de ellos se puede definir como onírico. Sus propios sueños forman parte de la trama. Una novela con una estructura tan compleja, ¿ha sido especialmente difícil de escribir? ¿Cómo fue su proceso de escritura?

La asociación de mi novela *El amor es más frío que la muerte* con el film homónimo de Fassbinder es por demás obvia. Sin embargo, el título no proviene de la película sino del grupo musical *Love is colder than dead*, que descubrí por casualidad durante mi año sabático en México. Soy fanático de Fassbinder, he visto varios de sus films, pero cuando escribí mi novela no conocía *El amor*... La vi hace poco y me encantó, pero más allá del título no encuentro ninguna relación con mi novela. Puedo decir que a Fassbinder, que murió de una sobredosis a los treinta y cinco años, le debo en parte la vida. Pero esa es una historia difícil de contar en una entrevista.

Sí, mi novela tiene un costado onírico como casi todo lo que escribo. No me costó escribirla, de hecho la escribí en tres meses. Recuerdo que la foto la tomé el atardecer del 28 de diciembre de 2011, durante el invierno nuclear, en Shinjuku, Tokio.

Además de la escritura, su tiempo lo reparte entre la universidad, la fotografía y la traducción. Es usted considerado uno de los grandes traductores del idioma japonés. Recientemente su labor ha sido reconocida con el premio “Orden del Sol Naciente, Ra-

ynos Dorados con Roseta” que otorga el emperador Naruhito. ¿Puede contarnos cómo fue su experiencia al recibir un premio de tanto prestigio?

Debo aclararte que no soy traductor del japonés. Mi nivel de conocimiento de la lengua japonesa es elemental. Colaboro en la versión que hace en primera instancia mi súper amigo, doctor de la Universidad de Tokio, Ryukichi Terao, hispanista nipón que ha vivido en México, Colombia y Venezuela. Aporto en esas traducciones (que a menudo son versiones) lo que podríamos llamar el lenguaje literario que rompe la literalidad. En base a mi condición de narrador y a mi exhaustivo conocimiento del idioma castellano, parto de la hipótesis de que en una traducción importa en primer lugar la lengua de llegada.

Lo de la condecoración Orden del Sol Naciente, Rayos Dorados con Roseta, otorgada por el emperador Naruhito, ha sido para mí una sorpresa, una inmensa alegría, un gran honor. Ni siquiera sabía de la existencia de semejante distinción.

Durante los últimos tres años, debido a mis condiciones de salud, dedico mi tiempo casi exclusivamente a la escritura (incluyendo una que otra colaboración en alguna traducción. Está a punto de salir en Satori, *El demonio. Once cuentos japoneses*, de Junichiro Tanizaki). Sigo la recomendación de Elías Canetti: “Escribe hasta que los ojos se te cierren para siempre”. Hace ya dos años que vengo escribiendo algo parecido a unas memorias envenenadas por la ficción: Últimos días en el planeta Tierra. En ocasiones participo en alguna actividad universitaria por Zoom. Y desde mi ventana tomo fotos de la Sierra Nevada de Mérida y de los zamuros que sobrevuelan la ciudad.

¿Cómo surgió su interés por la cultura oriental, y más en concreto, por la literatura japonesa?

Se trata de una historia de amores compartidos. En 1964, a mis dieciséis años contemplé fascinado un *remake* de la famosa película *Rashōmon* de Akira Kurosawa, basada en dos cuentos de Ryunosuke Akutagawa. Desde entonces me aficioné a la literatura y el cine japonés, en general a su exótica, extraña, esotérica, enigmática, refinada y profunda cultura. Aquella afición original se fue convirtiendo en lo que he denominado “mi pasión nipona”. Desde 1994 hasta el presente, solo interrumpidos por la pandemia, he dictado cursos de Narrativa japonesa del siglo XX en la Universidad de Los Andes de Mérida, Venezuela. He escrito ensayos, prólogos de libros, artículos de divulgación y crónicas sobre Japón y sus manifestaciones culturales. Y como hablábamos antes, he colaborado en la traducción de autores japoneses al español.

En un par de ocasiones, (2006-2007) y (2011-2012), gracias al generoso apoyo de la Fundación Japón tuve la inmensa fortuna de realizar en Tokio (adscrito a la Universidad de Tokio) sendos proyectos de investigación (*in translation*) sobre dos autores japoneses, Junichiro Tanizaki y Ryunosuke Akutagawa. Del resultado de esas inves-

tigaciones surgieron dos ensayos biográficos: *Tanizaki, el paradigma* y *Akutagawa, el elegido*, ambos publicados en Caracas en 2013.

Entre los escritores japoneses a los que ha traducido, destacan Yasunari Kawabata, Ryūnosuke Akutagawa o Kobo Abe. Ediciones Atalanta ha publicado su traducción, en colaboración con Ryukichi Terao, del libro *Siete cuentos japoneses*, del gran clásico de las letras japonesas Junichiro Tanizaki. En su prólogo usted señala que “resulta curioso y aleccionador observar el espectacular giro dialéctico y conceptual que logra imprimir a sus escritos posteriores a 1926. De la fascinación por lo occidental salta al extremo de la exaltación de lo nacional”. Desde su punto de vista, ¿a qué se debió ese cambio en la temática de su obra, más afín a la historia y a las tradiciones japonesas?

Ciertamente, el caso de Tanizaki es ejemplar. En su primera etapa como escritor, desde 1910 cuando publica “El tatuador” (“*Shisei*”) hasta el gran terremoto de 1923 que destruye Tokio y Yokohama, su magnífica obra se caracteriza por la infatuación hacia los valores de la cultura occidental. He leído casi todos sus cuentos de esa época y en la mayoría de ellos la exagerada admiración por lo occidental se expresa en su cara B como un desprecio hacia lo autóctono japonés. A raíz del terremoto, seguido por el divorcio de su primera esposa, Tanizaki fija la mirada en su propia cultura, se muda de la cosmopolita Tokio para la tradicional zona de Kansai (Kioto, Kobe, Osaka). Semejante transformación, como si hubiera experimentado un Satori o una epifanía, culmina en ese maravilloso libro, *El elogio de la sombra*, considerado por unanimidad por la crítica de su país como el mejor ensayo de la literatura japonesa de todos los tiempos.

Precisamente, en Ediciones Atalanta se publicó en 2017 sus cuentos completos bajo el título de *Cuentos salvajes*. Toda reedición de un libro supone para el escritor la oportunidad de revistar lo que escribió años atrás. Parece ser que el pintor francés Pierre Bonnard solía retocar, a escondidas, algunos de sus cuadros que llevaban colgados años en el museo. ¿Ha retocado alguno de los textos aprovechando la reedición de sus cuentos?

“Retocar” lo que publicamos hace años es una tentación. En mi caso, llegué a reescribir en su totalidad mis dos primeros libros, hasta el extremo de eliminar del primero casi todos los cuentos. Luego, siguiendo un consejo de Borges, entendí que en algún momento, por cansancio o cualquier otro motivo, hay que olvidarse de seguir corrigiendo. No acostumbro leerme a mí mismo, me pone muy nervioso encontrar alguna frase mal escrita. Imagino que tratándose de la lectura para una antología siempre introduces algún cambio, agregas o eliminas una frase, una palabra o un signo de puntuación.

(Continúa en la página 7)

“**Algunos autores opinan que traducir es enfrentarse a una imposibilidad. En mis versiones intento ponerme en el lugar del autor”**

Cuentos >> MÍNIMA SELECCIÓN

Siete cuentos cortísimos

Las piezas que siguen fueron tomadas de *Cuentos salvajes*, volumen publicado por Ediciones Atalanta, España, en 2019

EDNODIO QUINTERO

La vaca

Mi abuelo tenía una vaca que se alimentaba de morocotas. Un día la vaca amaneció muerta a la orilla del río y los zamuros se la comieron. Mi abuelo buscó la escopeta y se pasó el resto de su vida cazando zamuros.

Jinete

En mi pueblo vivía un loco que montaba un caballo de palo. Una noche, por encima de los tejados alumbrados por la luna, pasó una bruja encaramada en una escoba. El loco la vio pasar, y sin pensarlo dos veces clavó las espuelas al caballo. Nunca más supimos del jinete.

Muñecas

Cuando murió mi hermanita la enterramos junto con sus muñecas para que le hicieran compañía. Transcurridos noventa años de aquel triste suceso, he llegado a convencerme que las muertas fueron las muñecas, y enterramos también a mi hermanita para que les hiciera compañía.

A plomo

Una vieja beata que no conocía hombre soñó que hacía el amor con el diablo. Despertó y temprano fue a misa. Al regreso buscó la escopeta matatigres de su hermano, se la metió entre las piernas y se disparó los dos tiros.

Coleccionistas

Un hombre coleccionaba alacranes y un alacrán coleccionaba hombres. Un día el azar los condujo a la misma encrucijada, y se conocieron. Hablaron de sus respectivos pasatiempos.

Intercambiaron miradas comprensivas, ciertamente cargadas de codicia, pues vislumbraban la importancia de la nueva pieza a cobrar. Y se pusieron de acuerdo: cara o sello.

TV

Una niña vio en la TV el sacrificio de un bonzo. Entonces buscó su única muñeca, la bañó en gasolina y le dio fuego. Cuando llegaron los bomberos todo el barrio estaba en llamas.

Amputación

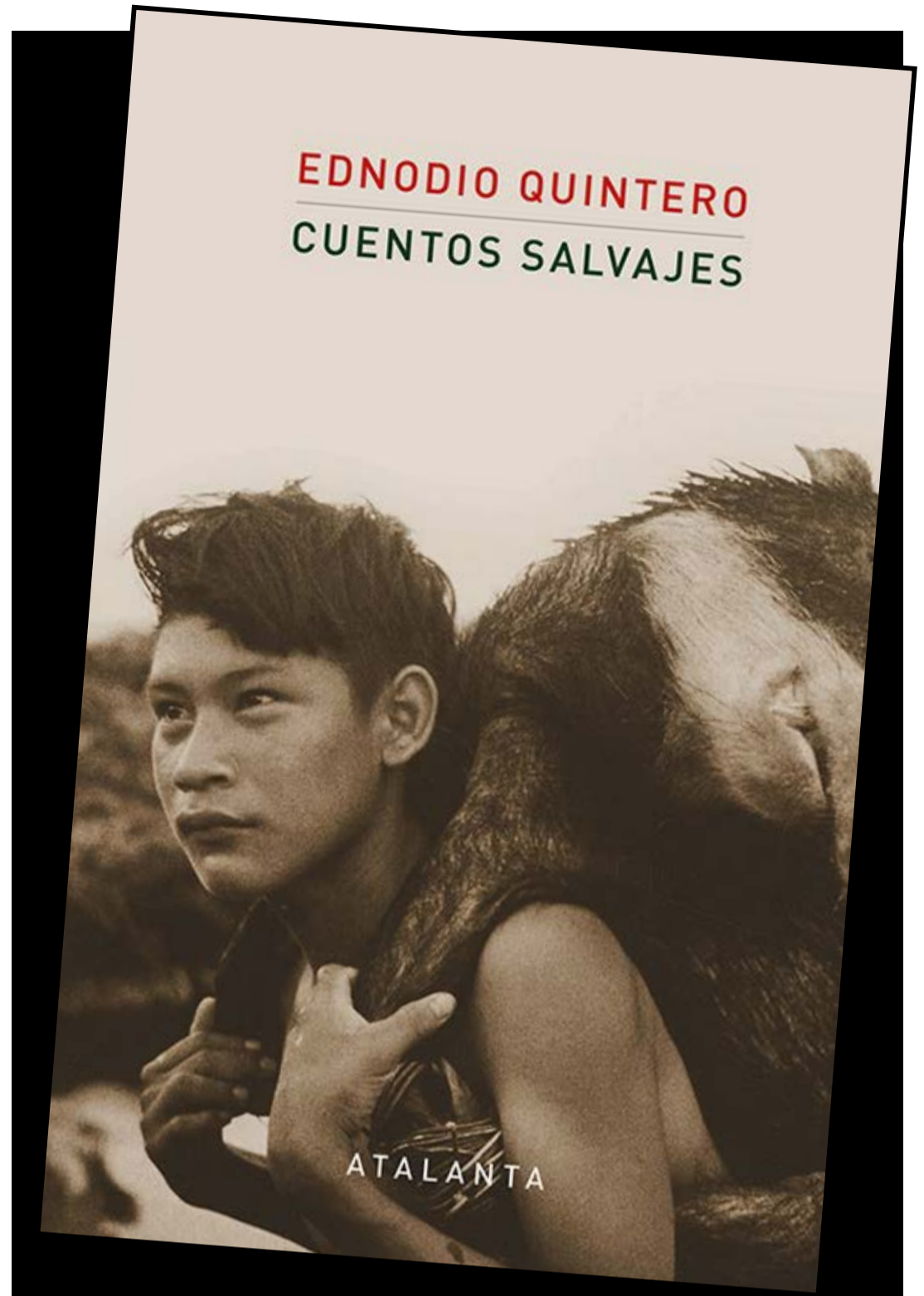
Los médicos decidieron amputarle la pierna, pero el paciente se opuso. Dijo que conocía un remedio eficaz que lo sanaría en un par de semanas. Los médicos le advirtieron que la infección podría invadirle otros órganos. El enfermo mantuvo su posición y se aplicó el remedio con esmero... y ceguera, pues mientras la pierna mejoraba, el mal se ramificaba en todas direcciones. La pierna sanó por completo, lo que no dejó de asombrar a los médicos. Sin embargo, considerando el triste estado del paciente, decidieron amputarle el resto del cuerpo.

La muerte viaja a caballo

Al atardecer, sentado en la silla de cuero de becerro, el abuelo creyó ver una extraña figura, oscura, frágil y alada, volando en dirección al sol. Aquel presagio le hizo recordar su propia muerte. Se levantó con calma y entró a la sala. Y con un gesto firme, en el que se adivinaba, sin embargo, cierta resignación, descolgó la escopeta.

A horcajadas en un caballo negro, por el estrecho camino paralelo al río, avanzaba la muerte en un frenético y casi ciego galopar. El abuelo, desde su mirador, reconoció la silueta del enemigo. Se atrincheró detrás de la ventana, aprontó el arma y clavó la mirada en el corazón de piedra del verdugo. Bestia y jinete cruzaron la línea imaginaria del patio. Y el abuelo, que había aguardado desde siempre este momento, disparó. El caballo se paró en seco, y el jinete, con el pecho agujereado, abrió los brazos, se dobló sobre sí mismo y cayó a tierra mordiendo el polvo acumulado en los ladrillos.

La detonación interrumpió nuestras tareas cotidianas, resonó en el viento cubriendo de zozobra nuestros corazones. Salimos al patio y, como si hubiéramos establecido un acuerdo previo, en semicírculo rodeamos al caído. Mi tío se desprendió del grupo, se despojó del sombrero, e inclinado sobre el cuerpo aún caliente de aquel desconocido, lo volteó de cara al cielo.



Entonces vimos, alumbrado por los reflejos ceniza del atardecer, el rostro sereno y sin vida del abuelo.

Cacería

Permanece estirado, boca arriba, sobre la estrecha cama de madera. Con los ojos apenas entreabiertos busca en las extrañas líneas del techo el comienzo de un camino que lo aleje de su perseguidor. Durante noches enteras ha soportado el acoso, atravesando praderas de hierbas ve-

nenosas, vadeando ríos de vidrio molido, cruzando puentes como frágiles galletas. Cuando el perseguidor está a punto de alcanzarlo, cuando lo siente tan cerca que su aliento le quema la nuca, se revuelca en la cama como un gallo que recibe un espeluzo en pleno corazón. Entonces el perseguidor se detiene y descansa recostado a un árbol, aguarda con paciencia que la víctima cierre los ojos para reanudar la cacería. ☉

**Cuentos salvajes*. Ednodio Quintero. Ediciones Atalanta. España, 2019.

Entrevista a Ednodio Quintero

(Viene de la página 3)

Desde hace algunos años hay un acercamiento a la cultura japonesa a través del manga y del anime. ¿Ha trabajado en la traducción o en el doblaje dentro de este ámbito? ¿Cree que hay una mayor tradición en cuanto a traductores del japonés al español en países latinoamericanos? Recordemos la labor en este campo del poeta mexicano José Juan Tablada, o las traducciones de Octavio Paz.

Siempre me han interesado el manga y el anime, aunque mi preferido entre los géneros populares de Japón es el hentai. Me llama la atención la sexualidad japonesa, despojada del sentido culposo de origen judeo-cristiano de la cultura occidental. No he trabajado en ninguno de estos géneros. Conservo sí una pequeña biblioteca (adquirida durante mi estancia en Tokio) de manga y hentai, y una bonita colección de muñecas de animé.

Con la demanda cada vez más creciente de obras japonesas han aparecido traductores aquí y allá como en botica. No creo que se puedan establecer diferencias de calidad entre los de la península ibérica y los de Latinoamérica. Hay traducciones excelentes y también pésimas. Entre las mejores destacaría las de Kasuya Sakai, argentino japonés radicado en México. Sus traducciones de Akutagawa y Kōbō Abe (*La mujer de la arena*) son insuperables. Y las magníficas traducciones de la española Montse Watkins (*Indigno de ser humano* y *El ocaso*, de Osamu Dazai), son inolvidables. Es de lamentar que Sakai y Watkins ya no están con nosotros. Entre los traductores más recientes admiro el trabajo de Jesús Carlos Álvarez, español residiendo en Tokio. Su versión de *El libro de la almohada* de Sei Shonagon para la editorial Satori es una maravilla.

El propio Octavio Paz hablaba de la traducción como un concepto afín a la creación. Walter Benjamin señalaba que “hay que te-

ner en cuenta la traducibilidad de las creaciones lingüísticas, aunque los humanos no sean capaces de llevar a cabo tal tarea”. Y Ortega y Gasset apuntaba en el mismo sentido que “no es una objeción contra el posible esplendor de la tarea traductora declarar su imposibilidad”. ¿Cómo se plantea usted la traducción de un texto literario? ¿Qué materiales maneja cuando se enfrenta a una obra en lengua japonesa?

Por supuesto que la traducción comporta el aspecto creativo. El caso más emblemático es el de Baudelaire como traductor de Edgar Allan Poe. Dicen que el conocimiento de la lengua inglesa por parte de Baudelaire era precario, pero el poeta francés estaba impregnado con el espíritu de Poe. Algunos autores opinan que traducir es enfrentarse a una imposibilidad. En mis versiones intento ponerme en el lugar del autor, digamos, para dar un ejemplo, me transformo en Tanizaki e intento dar lo mejor de mí. Pienso que el trabajo en tándem que realizo con Ryukichi Terao es ideal, pues él conoce y maneja

muy bien el español, y en mi caso, además de mi condición de narrador y del manejo de mi propia lengua estoy familiarizado con la cultura japonesa. Los dos años que pasé en Japón me permitieron conocer, en su propia salsa, diversos y variados aspectos de aquella fascinante cultura.

Volviendo a su obra narrativa: La editorial Pre-Textos ha editado recientemente en España el libro *Diario de Donceles*. De esta novela-diario se ha dicho que emplea un lenguaje que va de lo poético a los registros del pop y al habla coloquial. El escritor argentino Manuel Puig se sintió atraído por “ciertas formas despreciadas”, como él mismo las llamó, “por ciertos géneros populares, tengo un especial gusto. Creo que estos géneros menores pueden ser tratados con cierto rigor artístico y valorizarlos”. ¿Hay en su caso, en el uso de un lenguaje coloquial, un intento de reivindicar una lengua popular y darle, así, un cariz literario?

Soy lector y admirador de Manuel Puig, a quien tuve la suerte de conocer en Mérida. Recuerdo el mordaz comentario de Borges a propósito de *Boquitas Pintadas*: “Imagínese, es un libro de Max Factor”. Desde hace tiempo, creo que

a partir de la publicación de mi primera novela, *La danza del jaguar* (1991), he empleado diversos registros en mi narrativa, que incluyen lo coloquial, el pop (en particular por mi afición al rock and roll y al trip hop), cierto clasicismo, la oralidad, el erotismo que a veces bordea el porno, el cine (durante años fui un loco por el cine, incluso escribí tres guiones y participé en varias filmaciones, en una de ellas como actor, actué de monje loco), las artes plásticas y últimamente el uso de la teoría del caos: toda una mezcla parecida al caldero de las brujas de *Macbeth*. En esa mezcla, Puig es apenas una lejana referencia.

Diario de Donceles combina ciertas experiencias personales con lo que algunos críticos han denominado mi desbordada imaginación, y si a esto le agregamos el aspecto onírico, “soy una máquina de soñar”, pienso que he escrito una novela que puede enganchar a lectores de literatura, inteligentes.

¿Cómo ve el panorama narrativo actual en Latinoamérica? ¿Qué autores le parecen más interesantes?

La narrativa Latinoamericana está cada día más viva y despierta. Leer a todos los autores recientes es una tarea imposible. Sin embargo, me atrevería a señalar algunos que han despertado mi interés. Entre los vivos, sin un orden particular: César Aira (mi preferido, he leído más de un centenar de sus libros), Juan Villoro (su última novela, *La tierra de la gran promesa*, es un extraordinario y ambicioso fresco acerca de la compleja historia del México contemporáneo), Héctor Abad Faciolince, Rodrigo Rey Rosa, Mario Bellatín, Victoria de Stefano (su última novela, *Venimos, vamos*: nadie en español escribe una prosa exquisita como la suya), Evelio Rosero (*Los ejércitos*), Horacio Castellanos Moya y su saga sobre la violencia en Centroamérica, Eduardo Ruiz Sosa, Mónica Ojeda (con sus explosivas novelas *Nefando* y *Mandíbula*), Michelle Roche (con su sorprendente novela *Malasangre*, que recomiendo con los ojos abiertos). ☉

**Cuentos salvajes*. Ednodio Quintero. Ediciones Atalanta, S. L. España, 2019.



CÉSAR AIRA / ©EDNODIO QUINTERO



JUAN VILLORO / ©EDNODIO QUINTERO

AL OTRO LADO DE LA PUERTA, enero 15, 2023



GEORGE KEBURIA DICE ADIÓS A SU ESPOSA MAYA Y SUS HIJOS EN LA ESTACIÓN DE TREN DE ODESA, UCRANIA / SALWAN GEORGE – WASHINGTON POST

NELSON RIVERA

Despacho desde Boleíta,
sede del DGCIM**

Desde el 22 de noviembre, el teniente coronel Igbert Martín Chaparro permanece en huelga de hambre. Rodeado de silencio. Silencio cómplice. Silencio de cohabitación. 54 días.

Despachos desde Ucrania**

24 de diciembre, Jersón: mientras hacen compras de último momento, los rusos bombardean el mercado de la ciudad. Ataque exitoso: 10 muertos, 58 heridos. Cuerpos tirados en los pasillos. Sangre derramada entre hortalizas y legumbres. Un misil es una exhibición del caos que subyace en toda fuerza. La cabeza de un hombre aparece a 22 metros de su cuerpo.

25 de diciembre. Los 14 miembros de una familia se han reunido en Kiev. Esperan con ansiedad la llegada del hijo mayor, ausente desde hace 18 días. Y, en efecto, a las 3 de la tarde aparece. Llantos y abrazos. Ha traído un generador eléctrico.

Nochevieja. En la fotografía están la madre, de unos cincuenta años. El hijo, joven soldado. Sentados en el piso, alrededor de una vela encendida. Entre ambos, junto a la vela, una pequeña escultura del arcángel San Gabriel. Los tres oran.

Empeoran los bombardeos sobre Jersón. Putin sonríe y cierra los ojos: “Estamos actuando en la dirección correcta”.

27 de diciembre. Centenares de kievitas se reúnen en el Metro. Cantan villancicos.

El 28 de diciembre, Día de los Santos Inocentes, se publican las declaraciones del canciller ruso: Zelenski debe aceptar las condiciones de Putin para desmilitarizar y desnazificar a Ucrania. “Si no, hablará el Ejército”.

En la zona central del Donbás se combate por cada metro de territorio. Como en la guerra del 14. Trincheras, mínimos avances, desgaste. Mueren soldados ucranianos. Pero la mortandad rusa se multiplica por cinco o seis. Un reportero se arrastra a metros del comandante ucraniano. Le pregunta por la desproporción de la mortandad. “Son jovencísimos reclutas”. El almacén de carne de cañón de Putin es inagotable.

29 de diciembre. 33 misiles en 24 horas. Sobre Jersón. Triunfal ataque de Putin: ha impactado de lleno sobre una maternidad. Avanza el urbicidio.

30 diciembre: A pesar de que el día anterior se ha producido uno de los mayores ataques de la invasión, 69 entre misiles y drones suicidas, no se produjeron muertes. Explican los expertos que Putin quiere obligar a Ucrania a negociar bajo sus condiciones. Tras la lluvia de bombas, la lluvia de interpretaciones sobre las bombas.

Children of war: hasta el 13 de enero: 453 niños asesinados; 879 con heridas de guerra;

339 desaparecidos; 8 mil 902 rescatados; 13 mil 899 deportados a Rusia; 125 retornados de la deportación.

Algunos fueron capturados en campamentos vacacionales, en lotes. Mercancía barata e indefensa. Ganga humana. Unos pocos han logrado escapar y cuentan: los entregan en adopción. Les dicen que sus padres los han abandonado. Lo que sigue a continuación es la odisea de las madres ucranianas: viajan a Rusia a buscar a sus hijos. Se introducen en las vías pútridas del putinismo.

Huían de Kiev rumbo a Chernihiv, cuando el pequeño vehículo familiar se encontró de frente a una columna de vehículos militares rusos. Un enorme camión cargado de soldados se abalanzó sobre el coche y aplastó al padre, la madre y a las hermanas. Solo Andriy alcanzó a saltar. Dos soldados rusos rociaron de gasolina la masa metálica y humana. A la muerte por aplastamiento siguió la muerte por fuego. Andriy corrió hacia el bosque. Hoy vive en un refugio. Habla el tutor: su mente quedó fijada. Lleva meses en que solo se ve a sí mismo corriendo en el bosque.

Jerson, 31 de diciembre. Desde un refugio, una madre con sus dos bebés en los brazos: “se puede morir de hambre, de frío, de bomba o de miedo”.

31 de diciembre. Tropas de reemplazo: imberbes reclutas rusos, concentrados en la ocupada Donetsk. Los ucranianos captan las señales de sus móviles. 4 misiles caen sobre el edificio donde los soldados casi niños descansan al lado de las municiones. Hasta ahora: 89 muertos y más de 200 heridos, dicen los rusos. Más de 300 muertos, dicen los ucranianos.

La capturaron el 16 de marzo de 2022. Justo el día anterior, Yulia Paievska, médica y activista ucraniana, había entregado a periodistas de Associated Press, envuelto en un tampón, un pequeño dispositivo con imágenes que mostraban el bombardeo sobre civiles el Mariupol. La buscaban. Otro de sus delitos: evacuar civiles de las zonas bombardeadas. Durante tres meses estuvo enterrada en una cárcel del putinismo. La torturaron con descargas eléctricas. Le gritaban, mientras escuchaba como morían otros presos ucranianos: no tienes salvación, acaba con tu vida.

La pequeña ciudad de Bucha, Ucrania, ha entrado en la historia con la etiqueta de *Masacre de Bucha*. Asesinaron a 457 indefensos. Violaron niños y mujeres. Mataron a mascotas. Robaron, saquearon. Como todo relato de horror, Bucha tiene su carnicero: el teniente coronel Azatbek Oburmekov. Ningún ingrediente falta en el relato de la masacre: ejecuciones sumarias, fosas comunes, el desmentido de los criminales. Y un especial aditamento, la mente torcida de Putin retorcido: “es un montaje de los ucranianos”.

Los bombardeos imponen un nuevo modo de vida: existencia de subsuelo. El sótano ahora convertido en el bien más preciado. Donde había coches hay colchonetas. Familias que aguantan el invierno, las bombas, sin agua ni electricidad. Linternas. El gris del concreto. Y la espera. La eterna espera de la sobrevivencia.

Quiero recordar que Kiev está a casi 9 mil 700 kilómetros de Caracas. Al otro lado de la puerta.

Edgardo Dobry, Gustavo Guerrero**

No creo posible resumir las indagaciones contenidas en el conjunto de ensayos que el poeta, traductor, ensayista y crítico literario argentino Edgardo Dobry (1962), ha reunido en *Celebración. A través de la poesía americana* (Trampa ediciones, España, 2022). Viene con un esclarecedor prólogo del poeta y ensayista venezolano residiendo en París, Gustavo Guerrero: impecable mapa con pistas e incitaciones para lo que sigue a continuación: quince ensayos de rigurosa factura, publicados entre 2008 y 2021. Dobry los revisó, aumentó y reescribió. De esa disciplina, supongo, proviene ese espíritu de marca, interconexiones, manifiestas o sugeridas, que permean de un texto a otro. El académico no acorrala al ensayista: cada ensayo fluye por hallazgos literarios, preguntas, sugestivas ideas. Los textos desbordan sus propósitos más inmediatos. A medida que se avanza libro adentro, crecen la red y las inquietudes. Dobry es un articulador: conecta autores de distintas lenguas y geografías; se detiene en las poéticas y los modos de pensar lo literario; tiende lazos entre creación y época (asunto que está en la nuez del más reciente libro de Gustavo Guerrero, *Paisajes en movimiento*). Medular: la reveladora contribución de Dobry –a la que alude el título del libro– sobre la poesía celebratoria en nuestra lengua: elegías, odas, homenajes, exaltaciones.



EGARDO DOBRY / ©RODRIGO FERNÁNDEZ

Despacho desde Brasilia
Al apearse del Rolls Royce descapotado, cansado de tanto agitar los abrazos, Lula da Silva prometió reconstruir Brasil.

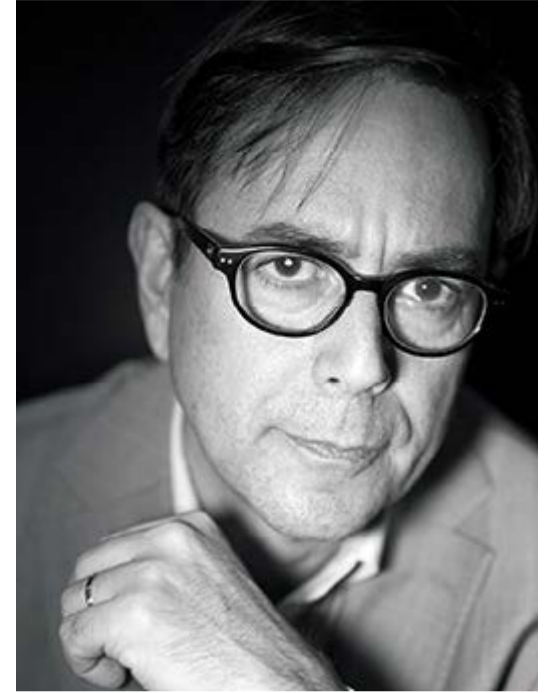
Despacho desde Managua
A las 11:59 pm. del 31 de diciembre, 235 presos políticos permanecían en las ruinosas cárceles del régimen. En su mensaje de fin de año, Daniel Ortega anunció: “un mundo nuevo está llegando”.

Despacho desde Rostov
Hasta Rostov, a 1100 kilómetros de Moscú, viajó Putin para ofrecer su mensaje de fin de año. En el retrato oficial, exhibición de quijadas tensas, aparece escoltado por 24 militares: 3 señoras y 21 señores: “La rectitud moral, histórica, está de nuestro lado”.

Despacho desde La Habana:
En su saludo por el “advenimiento” del 2023, el dictador Díaz-Canel: “los invito a seguir venciendo imposibles”.

Ratzinger, el prolífico
Joseph Aloisius Ratzinger fue un escritor infatigable. Y un melómano: de Bach a Pärt, con parada en Verdi. La lista de sus libros, ensayos, encíclicas y documentos religiosos supera las 600 entradas. De los 25 tomos de sus obras completas en alemán, solo una parte ha sido traducida al español. De él podría decirse: teólogo del humanismo y autor prolífico que, durante casi 8 años (2005-2013), fue papa de la Iglesia católica. Cuando entendió que no podía más, renunció. Tenía entonces 84 años.

Tony Judt, que siguió con atención el debate –enero de 2004– entre Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger sobre las bases morales del Estado de derecho, dijo: “el cardenal es un pensador sorprendente. No es cierto que sea un reaccionario o un inquisidor. Su discurso con-



GUSTAVO GUERRERO / ©LISBETH SALAS

siste en llevar la urgencia del diálogo al límite de sus posibilidades”. El que era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, fue elegido papa –número 265– al año siguiente. Así, Benedicto XVI se puso en la tarea de dialogar con ateos, agnósticos, científicos, economistas, teólogos de otras religiones.

Se oponía al relativismo moral, a la deshumanización y a la confianza ilimitada en la técnica. Defendía que existe una correlación entre la moral racional y la fe cristiana, aunque la fe del creyente fuese profundamente distinta de la fe de los filósofos. En su búsqueda de los puntos comunes avanzó hacia este anunciado: en el cristianismo están las bases de la voluntad democrática y la separación de los poderes. Está en los fundamentos de la libertad y la dignidad. Preguntaba y se preguntaba por la responsabilidad. Reconocía la enorme dificultad que consiste en definir el bien.

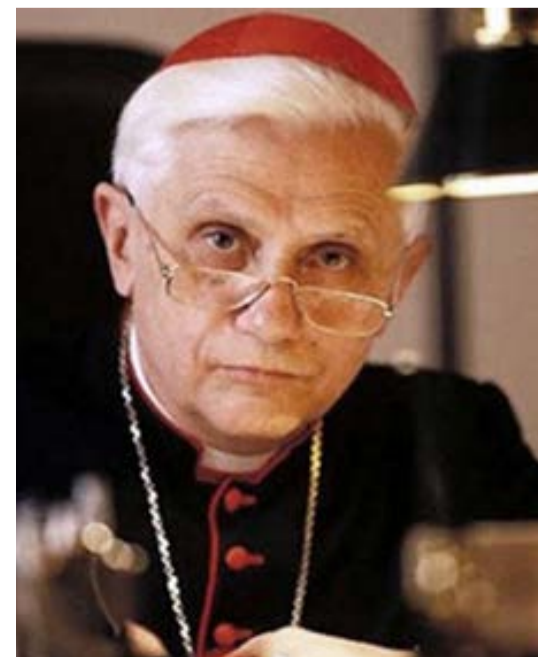
Cuando renunció hizo varias promesas, una de ellas, que continuaría escribiendo. Y así ha sido, según cuentan quienes le acompañaron los últimos años. Una frase de Ratzinger (no de Benedicto XVI): “Hay que advertir a los líderes de nuestro tiempo que toda racionalidad sin fe deshumaniza”.

La derrota del pronosticador**

El pronosticador nada un largo trecho por aguas turbulentas. Entre brazada y brazada vislumbra criaturas inéditas, especies de lo nunca visto. Al llegar a la orilla, mientras se quita la escafandra, lo acosan con la pregunta, ¿qué pasará en el 2023? El pronosticador mira al cielo, respira hondo y responde: incertidumbre. Incertidumbre total.

Coinciden los pronosticadores en el uso de la palabra incertidumbre. Es su fianza. Su pudor. Pólice de ejercicio profesional. Modo de decir que no saben cuánto de entusiasmo y cuánto de amargura tendrán las próximas semanas y meses.

El 2023 como campo de fuerzas. En su versión triangular, los vértices son la invasión de Rusia contra Ucrania, la creciente presencia de China en América Latina, la irradiación de Estados Unidos en el mundo. En su versión cuadrangular se agrega la debacle climática como factor ineludible. Como pentágono, se añade el regreso del COVID desde China. En su versión circular los factores se tornan innumerables e indiferenciados. En todos se reproduce la misma irrelevancia: adentro, cada uno de nosotros, perplejo e impotente, incapaz de descifrar si esos manchones de gris que pintan en el horizonte son gris estándar, gris ceniza o gris plomo. ☹



CARDENAL JOSEPH RATZINGER / VATICANNEWS.VA